

1. INTRODUCCION

Ana Pizarro

Los problemas previos¹

Tal vez el problema de base que se encuentra latente en una discusión de este tipo tiene que ver con lo elemental de la pregunta sobre qué es la literatura latinoamericana. Se trata de un implícito al que se está dando permanentemente respuesta.

En efecto ¿cómo delimitar el campo de lo que llamamos literatura latinoamericana si el concepto mismo de América Latina es un concepto que ha sido —que aún a veces hoy lo es— controvertido y que constituye de hecho una noción histórica en evolución?

Cuando decimos literatura latinoamericana ¿estamos hablando por ejemplo de la literatura de los conquistadores —españoles, portugueses, franceses, holandeses, ingleses más tarde para el caso del Caribe— que, siendo europeos, escriben sobre América? Curiosa producción ésta que reivindicamos como pertenencia: un discurso donde nos encontramos con el efecto de transformación del lenguaje europeo —hecho por los europeos mismos— con la respuesta que comienza a surgir a partir del contacto —y el impacto— de la vivencia del mundo otro. Al conquistador se le desborda el mundo y hay quienes comienzan a ver hombres con cola, orejones, patagones, monstruos increíbles que pueden situarse como parte de la tradición mítica que llevará también en Europa a los libros de caballería, pero que en América se comienza a vivir de otra manera: sobre una realidad sobre la cual se afirma con la prueba irrefutable del “yo lo vi” de las cartas de relación. Son los escritos de autores que de pronto necesitan convertirse en tales por la fuerza de lo vivido, pero que al hacerlo se les desborda el lenguaje: la voz río ya no

¹ Las citas que no están referidas a la bibliografía pertinente corresponden a las participaciones orales en la reunión.

basta cuando se enfrenta al Orinoco o al Amazonas, y la de lluvia no acaba por cubrir el aguacero de la Tierra de Gracia. Es entonces el discurso de la otredad del mundo donde va naciendo la conciencia de América en niveles diferentes de lectura, porque mientras se nos insiste en confirmar la imagen europea de las Indias Occidentales, la pluma va describiendo con aliento de Mundo Nuevo.

¿Es literatura latinoamericana por ejemplo la literatura de los jesuitas que en 1767 son expulsados del continente y que comienzan a constituir en Europa una especie de conciencia de América en el exterior? Es notable, entre otros, el caso del guatemalteco Rafael Landívar, que vive en México gran parte de su vida y que publica un texto de profundo nativismo latinoamericano, bordando la conciencia americana militante que va surgiendo en ese instante pre-independentista y que Arturo Ardao llama "americanismo", por oposición a la "americanidad" propia de la pura admiración por la tierra. Ubicado entre ambas proposiciones, ese texto aparece en *latin*, con el título de *Rusticatio Mexicana*. El caso de la literatura de los jesuitas, que constituyen el gran exilio de fines del siglo XVIII, es el antecedente de la literatura del exilio masivo reciente, de los años setenta de nuestro siglo, que todavía está en proceso y decantamiento. Pero plantea problemas similares. En efecto ¿es literatura latinoamericana la de los exiliados recientes que comienzan a publicar en Europa y los Estados Unidos fundamentalmente, textos en rumano, finlandés, francés? Situándose sólo en el ámbito de la lengua ¿cómo pensar por otra parte el caso de los chicanos, viviendo del otro lado de la frontera de México con Estados Unidos, y cuyos contenidos culturales constituyen un proceso transcultural específico? ¿Y el caso de los hispanos, situados ellos también entre dos lenguas y dos culturas?

¿Cómo pensar un problema que ya no es de minorías, sino que en nuestro continente es en varios de nuestros países de mayorías como es el de las literaturas indígenas?

A su realidad la historiografía literaria ha sido en gran medida ajena, o bien le ha dado la solución de antecedente: ellas existieron antes de la llegada de los conquistadores, luego desaparecen como problema, como si realmente no hubiera existido una producción posterior, como si no existiera ahora mismo. Frente a esto nos extenderemos más adelante en la medida en que se trata de un problema complejo al que es necesario sobre todo situar como problema, dándole el lugar que merece, por una parte, y por otra observar las limitaciones que él plantea con el objeto de poder enfrentarlo desde una perspectiva pertinente. Se trata pues, de asumir la existencia y el valor de estas literaturas así como nuestras formas de apropiación de ellas, en tanto que investigadores de mirada occidentalizada, no europeos, pero "europoides", como señaló con tanto acierto Alejandro Lipchitz.

¿Cómo pensar, por otra parte, las literaturas del Caribe? Ya no el Caribe hispánico —Santo Domingo, Cuba, Puerto Rico— ni el Caribe francés —Haití, Martinica, Guadalupe—, en el que pensamos en último tér-

mino cuando hablamos del Caribe no hispánico, sino también el Caribe holandés —Curazao, Aruba, Surinam— o el inglés —Trinidad, Jamaica, Santa Lucía, etc—. Respecto de este problema, que es de una complejidad digna de estudio específico, hemos desarrollado una reflexión que incluimos a título de perspectiva introductoria en el presente texto.

El interrogante sobre qué es la literatura latinoamericana está directamente ligado a la noción misma de América Latina como concepto. Esta noción, como sabemos, surge en la segunda mitad del siglo pasado, en la voz del colombiano José María Torres Caicedo. Con una proyección integradora y diferenciadora, así reflexiona en 1875:

"Hay América anglosajona, dinamarquesa, holandesa, etc; la hay española, francesa, portuguesa, y a este grupo ¿que denominación científica aplicarle sino el de latina?"

La noción de América Latina surge como oposición a la noción de América sajona, tal como lo afirma José Martí en el mismo período, quien las opone y delimita la noción de "nuestra América", que es "la América en que nació Juárez" y de la cual hace un análisis comparable al que han desarrollado las ciencias sociales latinoamericanas a mediados de este siglo. Este análisis le permite observar la coyuntura histórica del fin de siglo, observar la expansión de la América sajona y extraer las coordenadas en cuanto al sistema de relaciones internacionales, para así proyectar su análisis hacia el futuro de nuestro siglo. Es esta situación privilegiada por lo demás uno de los condicionantes que hacen a la contemporaneidad de su pensamiento.

Otro de los grandes conocedores del problema, Leopoldo Zea, ha anotado respecto de esta distinción:

"Todavía la sangre vertida en la larga guerra de independencia de la América hispana no había borrado su huella; pero había sido necesario encontrar una denominación que fuese común a estos pueblos frente al peligro que, desde el pasado siglo XIX, representaba la América sajona, interesada en ocupar el vacío de poder dejado por el coloniaje español, no la cultura."²

Sin embargo, más allá de la denominación "literatura latinoamericana", existe un funcionamiento real del concepto que no siempre apunta a lo que hoy entenderíamos con su expresión. En efecto, al hablar de literatura latinoamericana se entendió en un comienzo sólo a la literatura hispanoamericana.³ El mismo Torres Caicedo, que hace el primer enunciado histórico de la expresión "literatura latinoamericana" no va más allá, en el campo del análisis de las letras continentales, de su ámbito idiomático. La noción de literatura latinoamericana recién comienza a

² Leopoldo Zea, "¿Por qué América Latina?" en *El País*, Madrid, 17 de abril de 1984.

³ Arturo Ardao, "El americanismo literario y la integración latinoamericana", mimeo.

incluir a Brasil ya entrado el presente siglo. Es Henríquez Ureña quien asume a la literatura brasileña como una especie de agregado aún y habla de ella en su curso de 1940-41, publicado bajo el nombre de *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. Si bien es cierto que la denominación de Henríquez Ureña no tiene suerte, no es recogida posteriormente y se van consolidando más bien los gentilicios "iberoamericana" y "latinoamericana", es ya un logro que le debemos el intento de integrar al Brasil en una perspectiva continental.

Paralelamente, aunque precediendo un tanto la ampliación de la idea de América Latina, habían hecho su incursión en ella las literaturas y las culturas indígenas. El redescubrimiento y la revaloración que se comienza a hacer de ellas a principios de este siglo, fundamentalmente en el México de la Revolución como en el Perú con el surgimiento de las posiciones indigenistas de un José Carlos Mariátegui y un Raúl Haya de la Torre, va a implicar un nuevo intento de denominación: la de Indoamérica. Tampoco ésta tiene éxito como expresión abarcante del conjunto continental, pero sin embargo la reivindicación de las culturas indígenas va a marcar su inclusión en la percepción global de la identidad cultural del continente.

La apertura al Caribe es más tardía. Se da recién hacia mediados de nuestro siglo, cuando la misma voz Latinoamérica comienza a asentarse en el continente y en los organismos internacionales que ya le dan su carta de ciudadanía, con la emergencia a mediados de siglo de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), El Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), etc. Haití ya había señalado su vinculación el año 1928, en el momento del surgimiento de la *Revue Indigène*, en donde se hace expresa alusión a ella.⁴ Para el caso del Caribe no latino el problema no termina de deslindarse. Son territorios que han ido accediendo cada vez más, en términos de literatura y de cultura, a una integración con América Latina como conjunto. En este sentido los organismos internacionales han empleado la expresión "América Latina y el Caribe", observando su posibilidad de asociación al mismo tiempo que su individualidad como conjunto. Lo cierto es que existen, como intentamos apuntar en uno de los trabajos del presente volumen, lazos estructurales de conformación cultural que tienen que ver con formas similares de existencia histórica, de respuesta económica, social y cultural que encuentran su expresión en el discurso literario, a pesar de la distinta metrópoli colonizadora. Esta situación hace afirmar a Arturo Ardao que:

"Como órgano literario de la nacionalidad al fin verdaderamente continental, conciencia o autoconciencia de una comunidad histórico-cultural de complejo desarrollo, la literatura latinoamericana tiene hoy a febasar la propia área idiomática de la que saca su nombre. Sucede ello hacia opuestos extremos, por imposición, una vez más, de la

⁴ Véase nuestra Introducción a *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*, Ana Pizarro, coordinador, México, F.C.E., en curso de publicación.

historia sobre la pura lógica. Asistimos en nuestros días a la incorporación a su concepto, por un lado, de las literaturas de lenguas precolombinas, con acuñación del llamativo término "literaturas indígenas latinoamericanas"; por otro, de las literaturas del Caribe no latino, a partir de una afinidad geográfico-étnico-cultural que desborda también de otro modo, el riguroso marco lingüístico."⁵

Es importante anotar que la perspectiva de unidad con que se puede hablar de literatura latinoamericana, así como de la cultura —unidad en la diversidad ha señalado con justeza José Luis Martínez—, constituye una situación de vanguardia respecto de otros procesos: esta posibilidad de integración no se ha dado en otros niveles sino como una aspiración de proyectos políticos, ideológicos o económico-sociales del continente. Los grandes proyectos integracionistas de los líderes de la Independencia en el siglo pasado caen pronto en la rencilla nacionalista alentada, las más de las veces, por el partido que de ella extrae el interés foráneo. Es el caso de guerras como la del Pacífico o, más cercanamente, la del Chaco, por ejemplo. Estos proyectos integracionistas no surgen desde luego del vacío: se asientan en una real situación de organización económica, social, cultural, histórica del continente, cuyos rasgos estructurales aúnan la diversificada realidad de su funcionamiento, lo que hace de su evolución una caracterización específica, de temporalidades propias, que iluminan la mirada del historiador:

"Un campo privilegiado de historia — como señala Pierre Chaunu — que transforma tiempo en espacio y hace remontar al campo más alumbrado de la historia procesos que en otras partes, por haberse desarrollado a lo largo de centenas de milenios, escapan al conocimiento histórico y corresponden a la marcha indecisa de la proto y de la prehistoria."⁶

En efecto, las formas de la colonización condicionaron un desarrollo según esquemas semejantes, tanto en el área hispanoamericana como lusitana o Caribe, donde las diferenciaciones regionales se dieron sobre todo a partir del tipo de materia prima a extraer: trabajo en minas o plantaciones, para buena parte del territorio. Ellos generaron una estructura socioeconómica precisa, que se constituyó en el fundamento de un desarrollo orientado en dirección capitalista que absorbía en distintos momentos de su evolución y en distintos grados de desarrollo elementos parciales de otros modos de producción que iban así articulando un todo heterogéneo, cuya unidad fundamental estaba dada por la estructura de base impuesta por el sistema colonial. Al mismo tiempo que las diferentes metrópolis establecían diversificaciones de tipo institu-

⁵ Arturo Ardao, "Nacionalidad y continentalidad en América Latina" en *Cuadernos de Marcha*, n. 12, México, 1981.

⁶ Pierre Chaunu, *Las grandes líneas de la producción histórica en América Latina (1930-1962)*, Caracas, Univ. Central de Venezuela, 1965, pág. 9, nota 4.

cional, de principios morales, de tradición cultural, generando separaciones entre el área hispana y lusitana por ejemplo, estaban condicionando una respuesta del mismo tipo, un principio de unidad estructural al imponer la economía mercantil. Al ejercer presiones similares estaban impulsando sin proponérselo desarrollos análogos. Dentro del análisis de esta situación, donde los impactos externos producen respuestas unitarias, José Luis Romero hace el siguiente señalamiento de los mecanismos operativos de diversificación y unidad para el caso del proceso de industrialización europeo:

"Empero, nuevos impactos externos contribuyeron a robustecer ciertos rasgos comunes a toda Latinoamérica. Con la revolución industrial Europa modificó rápidamente tanto los sistemas de trabajo como las formas de vida y tales cambios repercutieron sobre toda su periferia. Latinoamérica sintió otra vez los estímulos y las coacciones que provenían del foco alrededor del cual giraba su vida económica, social y cultural, y respondió operando ciertos cambios para adecuarse a la nueva situación. Pero no fueron en todas partes los mismos. Nuevas diversificaciones se operaron con las variadas respuestas ofrecidas a los mismos estímulos, y una vez más las contradicciones se acentuaron entre el desarrollo local espontáneo y las determinaciones exógenas que colocaban toda el área latinoamericana en situación análoga con respecto a los núcleos de los que dependía."⁷

Unidad diversificada, el discurso de la literatura latinoamericana no constituye sino la plasmación a nivel estético de la organización que estructura históricamente al continente y que se expresa en la cultura a través de toda una serie de mediaciones. La respuesta a la interrogante de qué es literatura latinoamericana necesita, pues, ubicarse dentro de los parámetros, de las significaciones culturales comunes que allí se han desarrollado y que renuevan en cada instancia sus respuestas. Es en el ámbito de una semiología cultural donde puede situarse entonces la observación de la pertenencia de un discurso literario al ámbito de nuestra historiografía. La literatura es, sabemos, patrimonio universal y la experiencia estética no conoce fronteras, pero las obras surgen de una determinada cultura y se insertan en el tejido de la sociedad que las ve emerger. Este es el sentido de nuestra preocupación. Para situarlas y llegar a su comprensión cabal necesitamos observar el sistema donde se insertan y el imaginario social que plasman. Porque "si la crítica no construye obras, sí construye una literatura" —es la enseñanza que dejó Angel Rama— y la labor de la crítica historiográfica en América Latina para la literatura es generar conocimientos sobre los modos de funcionamiento y el desarrollo de nuestros sistemas literarios como proceso. Es en este afán que situamos y delimitamos.

⁷ José Luis Romero, *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*, Buenos Aires, Paidós, 1970, pág. 22.

Otra de las cuestiones de base a que se enfrenta el intento de aprehender la organización del discurso literario es la consideración de un discurso literario múltiple. Es tener que dar cuenta de un desarrollo global en cuya voz se ponen de manifiesto discursos diferentes, como estratos paralelos, que la gran parte de las veces no tienen interconexión. Efectivamente, aquello que llamamos literatura latinoamericana constituye en realidad un conjunto formado por lo menos por dos o tres sistemas literarios diferentes según las regiones, que provienen de sistemas culturales en general bastante diferenciados. En tales casos y regiones se llega a confluír en "la heterogeneidad esencial" de una literatura de acuerdo con la anotación de Antonio Cornejo Polar⁸ para la literatura peruana. Se trata de un proceso plural por cuanto responden en un mismo período a temporalidades diversas, a una historia de sectores distintos de la sociedad, así como a diferentes medios de plasmación, ya sea en oralidad o escritura. Se trata de un discurso global formado por tres sistemas: un sistema erudito, en español, portugués u otra lengua metropolitana, un sistema popular en la expresión americana de las lenguas metropolitanas, o en *créole* en el caso del Caribe, y de un sistema literario en lengua nativa, según la región.

Esta pluralidad de sistemas no agota sin embargo el espesor del discurso global: es observable en el nivel del sistema culto —que es del que nos ocuparemos fundamentalmente— la existencia de modulaciones de diferente desarrollo que se superponen y que establecen secuencias imposibles de ser comprendidas en términos de linealidad cronológica. Es en este sentido que se da la preocupación de Beatriz Sarlo que apuntamos:

"El problema que yo quería anotar es qué pasa, cómo damos cuenta. Me parece que no se puede tomar una linealidad demasiado delgada. ¿Qué pasa cuando coinciden varios sistemas literarios que son igualmente fuertes? Yo pienso en dos casos: uno es el paralelismo de la gauchesca con la literatura culta en el siglo XIX argentino, uruguayo. El otro es el de las vanguardias, por un lado con las literaturas regionalistas y por otro con la literatura popular de la industria de masas. No es sencillo: se ha hecho ver en la trayectoria de la literatura argentina la gauchesca en culminación y el resto es considerado como antecedente. Sarmiento, en 1850, ve la gauchesca como una línea de permanencia de la literatura argentina y de la que se estaba produciendo en el Uruguay. La gauchesca es una permanencia. Es decir ¿cómo podemos hacer para llegar al sistema literario complejo? En una sociedad están funcionando al mismo tiempo elementos que son pertenecientes al sistema popular, al sistema culto, elementos que vienen de sistemas anteriores, elementos que anuncian los posteriores, elementos residuales. Además, yo creo que están en

⁸ Antonio Cornejo Polar, "El problema nacional en la literatura peruana", en *QuéHacer*, n. 4, Lima, 1980.

comunicación. Por ejemplo yo me planteo el problema de la inflexión criollista que tiene la vanguardia argentina, inflexión que es contemporánea al criollismo urbano que plantea el tango. Yo diría que hay ideologemas de la poesía de Borges en la década del veinte y hasta el treinta y cinco que son ideologemas correspondientes a los del tango. Es un sistema que habla de la circulación social de los discursos —aunque lo musicalizado no entre en el proyecto—; lo que a mí me preocupa es cómo pueden quedar representados de algún modo, cómo el espesor del funcionamiento de la literatura en una sociedad puede quedar representado”.

La diversidad de discursos ha implicado una primera delimitación del trabajo de periodización que se vincula con la concepción general de la historia literaria a construir. En la discusión previa, que intentaba delimitar la forma de concebir la historia Domingo Miliani habló de una “historia posible” de la literatura latinoamericana, en tanto trabajo de articulación de los diferentes niveles de inserción de lo literario, de la palabra en la cultura, en la sociedad, en la historia: una historia “verbal”, “transversal”, “social”, “conceptual”, una “historia de la lectura literaria”, una “historia con derecho a la universalidad”.

“En la medida en que esa historia sea capaz —dice Miliani— de romper la concepción del universalismo metropolitano centrado en Europa y ahonde en las variantes diferenciadoras de la producción latinoamericana en tanto función de una literatura general, en esa misma medida la cultura intelectual de América Latina contemporánea conquistará en forma endógena su espacio en la historia de la cultura”.⁹

Aun cuando la proposición de Domingo Miliani apareció como una meta de difícil realización, la concepción de la historia literaria que ella implicaba quedaría como un punto focal hacia donde orientar el trabajo de un proyecto que tiene conciencia de sus limitaciones. Más allá de la dificultad de apelar a equipos interdisciplinarios —de lingüistas, antropólogos, sociólogos, economistas, historiadores— en un encuentro que no estamos en condiciones de realizar, es evidente que carecemos de un instrumental teórico-metodológico para otro sistema que no sea el elaborado hasta ahora de acuerdo con las exigencias de la literatura culta. En efecto, si la investigación en el sistema literario culto ha avanzado considerablemente en los últimos sesenta años, en los sistemas popular e indígena en cambio el trabajo desarrollado es muy inicial. En estos términos la concepción de la periodización, como la concepción de la historia concreta a elaborar guarda directa relación con el nivel de desarrollo de los materiales de investigación que se tiene actualmente. Se

⁹ Domingo Miliani, “Historiografía literaria latinoamericana. Más allá del inventario y la anécdota. La historia posible”, en Ana Pizarro, *op. cit.*

contará, pues, para el caso de las literaturas populares e indígenas con el estado actual de la investigación en esas áreas del conocimiento.

Podríamos preguntarnos cómo han sido resueltos este tipo de problemas en las historias tradicionales¹⁰. En términos generales la historiografía literaria tradicional, es decir, la que antecede en concepción a la de Pedro Henríquez Ureña, el iniciador en nuestro continente de la moderna historiografía literaria, ha tenido muchas limitaciones frente a la complejidad de un universo cultural y literario como el latinoamericano. No era posible, para su aproximación, aplicar modelos teóricos surgidos de otras realidades y se hace necesario a cada momento generar instrumentos propios, o bien reacondicionar un aparato conceptual capaz de adaptarse a la medida de los problemas de una cultura y una literatura que surgen como respuesta creativa a los complejos procesos culturales de la dependencia. Se pecó por esto mismo de reduccionismos, de transferencia de modelos teóricos, de simplificaciones, de nacionalismos de todo tipo, que entregaban al investigador actual respuestas no satisfactorias, caminos por los que no podía transitar. También entregaban aciertos, como formas de organización de un conjunto complejo y disperso. Las limitaciones de estas proposiciones de solución de nuestra historiografía literaria han sido, por una parte, el no reconocimiento de nuestra pluralidad cultural, refiriendo la literatura latinoamericana sólo a la literatura del sector culto.

Por otra, estableciendo esta pluralidad como una secuencia, en donde las literaturas indígenas son remitidas al pre-colombino, en términos de “antecedente”, que luego desaparece, absorbida en la legitimidad de un literatura de lengua metropolitana, la cultura canonizada de los sectores dominantes. Se simplifican asimismo las secuencias literarias del sistema erudito reduciéndolas a una linealidad cronológica que no da en absoluto cuenta del espesor del sistema en cuestión. Nos parece sin embargo que es de la puesta en evidencia de la complejidad del conjunto, de sus contradicciones y convergencias, de sus encubrimientos, de donde puede surgir la diversificada unidad cultural que constituye la particularidad del continente. Su falta de reconocimiento es una condicionante para lo que señala Angel Rama como:

“La demora padecida para montar ese cañamazo mínimo que permita unificar las obras literarias de toda América Latina, construyendo, a partir de él un único discurso global y coherente, que las represente críticamente, como en cambio lo lograron ya los economistas, sociólogos e historiadores para sus respectivas disciplinas. Estas se han beneficiado de un repertorio de conceptos generales que les permitió superar las fragmentaciones particula-

¹⁰Véase Rafael Gutiérrez Girardot, “Revisión de la historiografía literaria latinoamericana” en Ana Pizarro, *op. cit.*; Domingo Miliani, *id.*; Beatriz González, “Problemas y tareas de la historiografía literaria latinoamericana”, Caracas, mimeo. Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG). 1981. También nuestro trabajo “Aprender el movimiento de nuestro imaginario social” en el presente volumen.

rizadoras, gracias a la modernidad en que instituyeron sus métodos, en tanto la literatura no sólo arrastra un apatato crítico que es la suma de su historia milenaria, sino que vive más apegada al evento concreto, privativo y original, que es la obra de arte".¹¹

La construcción de un sistema de referentes teóricos y metodológicos relativo a la especificidad del discurso de nuestra literatura y a su proceso es la tarea de la historiografía literaria —como de la crítica en general— en nuestro continente. Los últimos sesenta años han visto ya la emergencia de un dinamismo importante en este sentido. A pesar de la existencia de algunos trabajos al respecto, este movimiento de reflexión sobre nuestro imaginario deberá ser estudiado y evaluado en su conjunto. Las líneas de trabajo, que han producido en algunos casos excelentes análisis —aunque no podamos compartir muchas veces la perspectiva de su enfoque crítico—, han estado ubicadas en una amplia gama de matices que se extiende entre los polos de consideraciones en torno a la textualidad pura, por una parte, y al discurso sociohistórico por otra. Uno y otro enfoques han tenido mayor o menor vinculación con posiciones críticas surgidas fuera de América Latina y pertenecientes a un patrimonio teórico y crítico general. Lo que nos parece que se ha dado en menor grado es el desarrollo de un aparato crítico que adapte, relativice y cree el instrumental conceptual necesario para montar ese "cañamazo mínimo" que permita construir un discurso global y coherente sobre nuestra literatura. Desde luego que no se trata de dejar de considerar la importancia del aporte crítico foráneo, pero relativizando su posibilidad de explicar los fenómenos propios de la estética de un imaginario surgido en condiciones de desarrollo social y económico dependiente. Esto ya lo pedía Roberto Fernández Retamar en 1972 ¹². La reflexión historiográfica, por su parte, que ha tenido exponentes de la calidad de un José Carlos Mariátegui o de un Pedro Henríquez Ureña, ha carecido también de un desarrollo suficiente. Es interesante observar sin embargo que la notable y escasa reflexión al respecto que hemos tenido, la de José Juan Arrom, José Antonio Portuondo, Angel Rama, Antonio Cándido, Rafael Gutiérrez Girardot, por ejemplo, ha sido llevada en un registro de gran calidad y modernidad, aunando crítica e historiografía, haciendo del crítico un historiador e integrando en el historiador un sentido crítico.

Las literaturas indígenas

El lento avance de la reflexión historiográfico-literaria a que nos he-

¹¹ Angel Rama, "Un proceso autonómico: de las literaturas nacionales a la literatura latinoamericana", en *Estudios filológicos y lingüísticos*, Caracas, Instituto Pedagógico de Caracas, 1974.

¹² Roberto Fernández Retamar, "Para una teoría de la literatura hispanoamericana" en *Colloque de Royaumont*, Francia, 1972.

mos referido, así como las dificultades que implica la aproximación a tan plurales materiales, ha condicionado los titubeos que ha tenido el tratamiento de las literaturas indígenas. Es necesario desde luego reconocer la existencia de posiciones ideológicas que aún defienden la dualidad civilización-barbarie ¹³ en nuestro siglo. Pero independientemente de esto, en las aproximaciones científicas al discurso global se pueden observar dos actitudes. Por una parte la no referencia al problema: las literaturas indígenas no aparecen. Por otra, su remisión al período precolombino. Entendemos que se trata de una cuestión difícil y que tiene diferente incidencia según las regiones del continente. Esto fue discutido por el grupo asistente a la reunión de Campinas, donde se intentó ubicarlo como problema y darle al mismo tiempo una perspectiva historiográfica de acuerdo a las posibilidades de nuestras categorías críticas. Se trataba por una parte de reivindicar a estas literaturas con derecho a una existencia histórica y por otra de situar con realismo nuestras limitaciones respecto de ellas.

La primera cuestión por delimitar allí pareciera ser la de su datación, con el objeto de ubicar los materiales con que nos encontramos.

Existen, por un lado, las literaturas indígenas anteriores al descubrimiento, que cronológicamente son ubicables antes de él, pero que comienzan a ser estudiadas como literaturas después. Dice Domingo Miliani:

"Es una tarea que viene ligada al desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanas del siglo XIX. Las primeras tentativas de sistematización del conocimiento de estas literaturas es de la segunda mitad del siglo XIX, con los trabajos de los antropólogos positivistas, específicamente. Cuando hablamos de supervivencias actuales ¿no es que se trata de un descubrimiento actual de manifestaciones muy antiguas que se han transformado por transmisión oral? Es distinto de lo que puede ser la producción actual de una literatura quechua o náhuatl. Por su historicidad pertenecen a un período anterior a la colonización, pero por su descubrimiento y vigencia pertenecen a una etapa de exploración y de sistematización muy posterior".

Existe, por otro lado, la producción actual de una literatura indígena: quechua, náhuatl, tupí-guaraní, etc., en lenguaje oral, que constituye las expresiones populares folklóricas, cuyo estudio es contemporáneo y que puede o no provenir de una tradición precolombina. Estas literaturas no están exentas de haber sufrido procesos transculturadores. Es en este sentido que Beatriz Sarlo hace la distinción:

"Hay literaturas indígenas producidas en sistemas autosuficientes —es el caso del *Popol Vuh*, del *Chilam Balam*—, que no son sistemas de mezcla.

El caso de José María Arguedas o del indigenismo, por ejemplo,

¹³ Véase Armando Braun Menéndez. *Pequeña historia magallánica*. 5ª ed. Buenos Aires, Emecé, 1969.

es el caso en que un sistema literario en donde los elementos europeos son fundamentales abre la posibilidad de la inclusión como material ideológico, como factor constructivo o como incrustación lingüística: son sistema de mezcla o de contaminación. Es la modernidad la que permite la incorporación de zonas de los sistemas literarios indígenas o de las lenguas indígenas, o bien modalidades retóricas incluso de esos sistemas".

Estas distinciones permiten acercarnos al corpus de estas literaturas en su amplia dimensión, a los materiales que las conforman, con el objeto de observar sus diferentes formas de existencia. Se trata de sus formas de existencia discernidas desde nuestra perspectiva: es evidente que no se está hablando del mismo objeto cuando nos aproximamos a *El zorro de arriba y el zorro de abajo* que cuando lo hacemos al *Popol Vuh* o al *Chilam Balam*. No tienen desde luego el mismo funcionamiento social, el mismo funcionamiento institucional, ni el mismo tipo de público.

"En el caso de las literaturas indígenas —continúa Beatriz Sarlo— no es propiamente lo literario, es más bien lo simbólico discursivo, que puede tener función religiosa, función mitológica, puede tener función propiamente de voz. La literatura es más bien lo que una sociedad acepta como tal. Es necesario describir el funcionamiento diferenciado de estas textualidades en cada una de las formaciones sociales".

Entre los materiales que recibimos existen desde luego los códices, documentos del área mesoamericana —en la América del Sur los libros se encuentran ausentes y de los *quipus* poco se sabe aún de su función como recurso mnemotécnico— conservados en número reducido. Se preservan de la destrucción sólo tres códices mayas y un número escaso de códices nahuas. De escritura aún no descifrada sino en una parte mínima, de carácter a veces ideográfico y en tránsito hacia el signo fonético, estos documentos se encuentran en plena exploración. En el caso maya se relacionan con signos matemáticos, cronológicos o relativos a cálculos astronómicos. Lo fundamental que nos ha llegado de la literatura precolombina ha transitado otras vías y ha pasado, en el caso de la literatura náhuatl a través de la apropiación hecha por los grandes recuperadores del siglo XVI, los misioneros, alentados por algún plan de gobierno. Ellos se ocuparán de la gran memoria histórica, y con conciencia de etnólogos, como Fray Bernardino de Sahagún, transcriben, hacen el inventario, clasifican. En el caso maya, textos de enorme riqueza literaria como *Los libros del Chilam Balam*, fueron redactados después de la conquista, con la ayuda del alfabeto latino por sacerdotes mayas, y son transcripciones en gran parte de códices jeroglíficos o fuentes orales tradicionales. Existen, entonces, las transcripciones de textos hechas por indígenas. Entre ellas se encuentran también las supervivencias quechuas, un poco tardías.

Es necesario anotar, como lo hace Domingo Miliani, que en los materiales anteriores al descubrimiento existe una codificación con su propia poética, con su propia reflexión metalingüística sobre el texto poético, diferente de lo que es el estatuto occidental:

"En la literatura náhuatl —señala Miliani— hay una perfecta conceptualización literaria, con su poética, sus coloquios. Hay una literariedad indígena: hay una poesía laboral, mortuoria, satírica, afectiva".

Existen por otra parte los materiales en lengua original oral: las expresiones populares folklóricas recogidas en cualquier período. También están las recopilaciones en español, que son transcripciones, tales el caso de Armellada en Venezuela, por ejemplo.

Es necesario considerar luego la plural repercusión indigenista posterior, que asume caracteres diferentes en su trayectoria y en su tratamiento. Encontramos el indigenismo de perspectiva romántica, que adopta el tono piadoso y lastimero. Es el que está en *Cumandá* de Juan León Mera, el de *Anaida e Iguaraya* de José Ramón Yepes y hasta el de Clorinda Matto de Turner. Está por otra parte el indigenismo reivindicativo político, el de *Huasipungo*, de Jorge Icaza, que no deja de ser ajeno a la realidad del indio, porque allí no está el indio, lo que está es el tema indigenista. Ya más contemporáneo es el indigenismo raigal, interpretativo, desde una perspectiva como la de José María Arguedas, de Miguel Angel Asturias, que retoman elementos, núcleos de significación cultural para construir un discurso transcultural, integrador.

El caso de Brasil no es suficientemente conocido en el resto de América Latina, tampoco en este aspecto. Respecto de él apunta Antonio Cándido:

"En 1920, en lo que nosotros llamamos el Modernismo, hay una vuelta al interés por los indígenas, y es la teoría de la antropofagia. En otros movimientos el indio va a ser utilizado para hacer un nacionalismo que termina volviéndose fascismo. El indio va a servir para la total subversión de un discurso porque el primitivismo que los autores franceses pregonaban, el *art negre* de Francia, que era una reacción contra la excesiva civilización, aquí estaba ligado a la vida cotidiana. Entonces tenemos un caso muy curioso de una influencia francesa, una reminiscencia indígena y una transformación del discurso literario".

El interés por lo indígena es una especie de recurrencia que se textualiza a lo largo del proceso de la literatura latinoamericana. Muchas veces encubre otros discursos en la medida en que el indigenismo se hace desde la perspectiva occidental: es necesariamente la mirada del otro. Ahora bien ¿cómo asumir y dar respuesta al problema de las literaturas indígenas en una historia literaria, dado que ellas existen bajo diferentes formas y constituyen una continuidad? ¿Dónde y cómo ubicar

su existencia? Cuando reflexionamos sobre estas interrogantes nos movemos necesariamente entre la disyuntiva del "antecedente indígena" —que es lo que nos ha sido entregado— y la negación de este carácter por cuanto estamos concientes de que son literaturas que constituyen un continuo. Además este continuo va interfiriendo en su desarrollo con otros sistemas, que adoptan frente a él distintas modalidades de apropiación.

"Aquí estamos —agrega Antonio Cándido— en un ejemplo muy curioso de nuestras deformaciones metodológicas. A pesar de todas nuestras afirmaciones estamos con un esquema historicista, positivista y liberal de antecedentes y consecuencias. La idea de antecedente da la imagen de una cosa cuya existencia, cuya validez era pre-existente. Pero esto coexiste, es registrado después y tiene una vida diferente junto a otras culturas. Registrado no es lo mismo que su existencia antes de ser registrado. Tenemos más bien que encontrar alguna expresión, algún concepto que muestre la existencia simultánea de esas realidades a veces arcaicas, pero que están relacionándose al mismo tiempo. Y es esta característica de América, este contraste, lo que hace convivir por ejemplo en un mismo tiempo al surrealismo con las culturas indígenas".

La cuestión que necesitamos enfrentar es la evolución de un continuo independiente como sistema y por lo tanto paralelo al desarrollo de otros sistemas literarios. Estos lo apropian, lo retoman, lo revitalizan en determinados momentos de sus historias literarias. En esta medida pareciera que la perspectiva de organización de estas literaturas es la de la manera como estas sufren el proceso de nuestra apropiación. Anota Angel Rama:

"A mí me produce incomodidad la introducción o preámbulo de las historias literarias consagradas a las literaturas indígenas. Siempre me pareció un poco mítica esa forma de organización porque es una entelequia; y me he preguntado si no obedecemos a una especie de dominante cronológica: como evidentemente estaban antes y habían hecho su literatura, situémoslos antes para comenzar y terminar con el problema.

Históricamente lo que ha ocurrido fue una cosa completamente diferente: es que las literaturas indígenas son un producto de la cultura europea sobre los materiales existentes. Es un continuo y se da permanentemente, pero yo pienso que hay tres grandes momentos de funcionamiento de nuestra relación de conocimiento con las literaturas indígenas. Yo creo que hay uno que es el intento de recuperación de esos materiales que se da desde el siglo XVI, con Sahagún, evidentemente. Que es un proceso intelectual que responde al espíritu de la colonia, al espíritu de un conjunto de investigadores y religiosos. Hay otro período que me parece

que es también muy importante, que es el del intento de reconstrucción intelectual: cómo fueron, cómo se organizaron las literaturas indias, que ya es del siglo XIX y del XX. Además el período de cuando se congelan a consecuencia de su imposibilidad de continuidad folklórica y la continuidad creativa que le dan los últimos tiempos. Yo creo que hay tres grandes momentos del manejo de nuestra relación. No sé si lo otro no es ficción, si lo que podemos contar realmente es nuestra relación con las literaturas indígenas; eso es lo real que ha ocurrido.

Es decir, yo no sé si situar al comienzo las literaturas indias no es una ficción demasiado pedagógica y al mismo tiempo en cierto modo falsa. Lo que yo creo que hubo fue un intento de recuperar, donde tenemos las grandes colecciones de materiales y las primeras traducciones. Es realmente un intento de transcripción, pero sucede lo que con la traducción, con esa sensación fascinante de que las traducciones en las diversas épocas no tienen que ver nada una con la otra: es decir que están incorporadas a la estructura cultural que domina la época, están hechas a ese sistema.

Yo creo —más allá de los materiales que ha señalado José Luis Martínez, los códices, que son representativos de una cultura anterior— que hay construcción de discursos interpretativos y recuperadores de las literaturas indígenas a lo largo de un período muy grande. Es una especie de recurrencia y muchas veces encubre simplemente otros discursos. Porque no son los indios los que hacen ese indigenismo. Como decía Mariátegui, lo hacemos los que pertenecemos a esa cultura de dominación. Son maneras de ver el tema que aparecen a lo largo de la historia, y que si bien recuperan también desfiguran. Lo más sorprendente para mí siempre es esa sensación extrañísima que nos hace pasar de un traductor a otro —yo no conozco nada de los indios— y estamos en la época literaria a la que pertenece el traductor. De alguna manera es lo que dice Borges de los traductores de *Las mil y una noches*: ellos siempre se parecen a la literatura de la época que ellos viven en Inglaterra o Francia, y eso hace la diferencia enorme entre las versiones. Yo creo que eso es también lo que ha pasado con las literaturas indígenas.

El indigenismo es un drama que seguimos pasando de generación en generación y sobre esto yo no creo que a pesar de todo José María Arguedas o Augusto Roa Bastos sean otra cosa que literaturas europeas, literaturas europeas americanas se entiende: el enclave, la organización del material tiene que ver con los patrones literarios de nuestra época. Con integración de elementos indígenas, pero en el sentido en que cualquier literatura puede incorporar otros elementos sin cesar. La literatura está siempre incorporando elementos de diversa procedencia, pero yo creo que el esquema es de literaturas europeas americanas. A pesar del esfuerzo, creo que sigue siendo novela latinoamericana. En cambio sí creo que hay una cantidad enorme de creadores, de la escuela

Arguedas
Roa
Bastos

es posible

cuzqueña, por ejemplo, de los últimos treinta años, que hacen otra cosa. Es una escuela que trabaja en quechua, que escribe en quechua y que ha tratado de crear una literatura sobre lenguas indígenas. Eso sí me parece realmente importante y merecería de alguna manera considerarse. También el caso de los bolivianos que han hecho todo un desarrollo: no hablo de las recopilaciones sino de los que intentan volver a reponer el aymara, volver a trabajar con él y hacer una obra. Eso sí me parece importante. Incluso es muy curioso porque desde el punto de vista de las estructuras, de su composición, el manejo de personajes, siguen siendo literaturas latinoamericanas pero en lenguas indígenas.

Lo que yo sugiero simplemente como posibilidad es buscar otra organización del material que no sea la tradicional y que en cierto modo haga depender este tema —que es un continuo, que tiene diversas modulaciones históricas—, lo haga depender de cómo lo estamos mirando y cómo lo estamos insertando dentro de las literaturas de origen europeo, porque eso es lo que estamos haciendo permanentemente."

Hasta aquí la reflexión sobre la inserción de las literaturas indígenas en la historia de la literatura latinoamericana. Se trata de una reflexión que hace propociones concretas, intentando asumir el problema con el realismo de nuestras limitaciones.

Junto a éste, otros problemas historiográficos llaman nuestra atención.

De la organización en periodos

Las formas de periodizar de la historia literaria son conocidas. ¹⁴ Se ha pensado organizar el discurso literario por siglos, en una perspectiva cronológica: literatura del siglo XVI, del siglo XVII, etc. Esta forma de organización presenta el inconveniente de simplificar el esquema sin aportar un conocimiento sobre las modulaciones que adopta el discurso en proceso, sobre sus rupturas y sus continuidades en términos de producción literaria. En el mismo sentido se ha adoptado para periodizar cortes propios de la historia política: se habla del periodo de la Independencia o de la Colonia. De alguna manera este tipo de denominaciones se ha canonizado, pero la aceptación de la denominación no implica necesariamente la designación a partir de ella de la organiza-

¹⁴ Véase entre otros Oldric Belic, "La periodización y sus problemas" en *Problemas de literatura* n. 1, Valparaiso, Chile, 1982, Beatriz González, «La periodización en las historias de la literatura latinoamericana», Caracas, Documento de trabajo, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG), 1982.

ción periódica: ella no explica el proceso mismo del discurso sino que lo remite a cortes externos. Estas situaciones externas desde luego lo condicionan, lo sitúan, frente a ellas la literatura entrega una respuesta, pero no necesariamente le corresponden como rupturas propias. La organización de acuerdo con movimientos y corrientes literarias responde en mayor medida al corpus en estudio. Sin embargo, como lo señalábamos más arriba, el espesor de éste no puede ser simplificado en una sola línea de evolución, ubicada en uno solo de los sistemas que constituyen este discurso: si hablamos de un periodo de vanguardias en las primeras décadas del siglo XX ¿no existe paralelamente un regionalismo de gran potencialidad? ¿No existe una literatura popular que se expresa en otros códigos? ¿No existe también una recuperación importante de las literaturas indígenas? Correspondiendo sin embargo al movimiento del discurso literario, esta organización pareciera no revelar la plural naturaleza de su identidad. La organización por épocas culturales —por su parte—, tales como Renacimiento o Barroco, tiene el inconveniente de no dar cuenta exactamente del proceso de literaturas que se constituyen, no como eco o transposición mecánica de los modelos literarios metropolitanos, sino como respuesta creativa a los procesos de expansión de las literaturas metropolitanas o de centros culturales hegemónicos. Respuestas desarrolladas en condiciones de dependencia económica y social, que lejos de entregar una expresión especular de esta relación, genera más bien mecanismos de descentramiento, de deformación, de respuesta creativa. En este sentido la historiografía literaria, y la periodización por ende, debe considerarse como una disciplina que lleva a la práctica la aprehensión conceptual de este desarrollo, que en la expresión de Antonio Cándido es el proceso "de toma de conciencia literaria y de tentativa de construir una literatura".

Lo que se intenta organizar es la dinámica de una historia literaria constituida por una gran dialéctica de ruptura y continuidad. En ella tendemos a mirar las rupturas: es necesario ampliar la mirada al espacio vasto del tiempo de las sociedades para darse cuenta de la persistencia de la continuidad. Hay un discurso que surge y se va constituyendo como tal en un periodo de lento aprendizaje que es mimético y creativo respecto de su genealogía y que se va moviendo entre estos dos polos. Se desplaza entre mimetismo y creatividad con voz balbuceante —es la gran estética del balbuceo— y se inserta en la historia "particularmente lenta de las civilizaciones, en sus profundidades abismales, en sus rasgos estructurales y geográficos" de acuerdo con la gran reflexión de Fernand Braudel.¹⁵ Nuestra literatura se constituye como tal, conforma sistema en el tiempo de la larga duración —el tiempo en que se erige una cultura, una civilización— hasta llegar a una etapa de consolidación como tal, que es el momento de independencia de su discurso.

¹⁵ Fernand Braudel, *Escrit sur l'histoire*, Paris, Flammarion, 1969. La traducción es nuestra.

Quizás
posible
?
cuzqueña, por ejemplo, de los últimos treinta años, que hacen otra cosa. Es una escuela que trabaja en quechua, que escribe en quechua y que ha tratado de crear una literatura sobre lenguas indígenas. Eso sí me parece realmente importante y merecería de alguna manera considerarse. También el caso de los bolivianos que han hecho todo un desarrollo: no hablo de las recopilaciones sino de los que intentan volver a reponer el aymara, volver a trabajar con él y hacer una obra. Eso sí me parece importante. Incluso es muy curioso porque desde el punto de vista de las estructuras, de su composición, el manejo de personajes, siguen siendo literaturas latinoamericanas pero en lenguas indígenas.

Lo que yo sugiero simplemente como posibilidad es buscar otra organización del material que no sea la tradicional y que en cierto modo haga depender este tema —que es un continuo, que tiene diversas modulaciones históricas—, lo haga depender de cómo lo estamos mirando y cómo lo estamos insertando dentro de las literaturas de origen europeo, porque eso es lo que estamos haciendo permanentemente."

Hasta aquí la reflexión sobre la inserción de las literaturas indígenas en la historia de la literatura latinoamericana. Se trata de una reflexión que hace propociones concretas, intentando asumir el problema con el realismo de nuestras limitaciones.

Junto a éste, otros problemas historiográficos llaman nuestra atención.

De la organización en periodos

Las formas de periodizar de la historia literaria son conocidas. ¹⁴ Se ha pensado organizar el discurso literario por siglos, en una perspectiva cronológica: literatura del siglo XVI, del siglo XVII, etc. Esta forma de organización presenta el inconveniente de simplificar el esquema sin aportar un conocimiento sobre las modulaciones que adopta el discurso en proceso, sobre sus rupturas y sus continuidades en términos de producción literaria. En el mismo sentido se ha adoptado para periodizar cortes propios de la historia política: se habla del período de la Independencia o de la Colonia. De alguna manera este tipo de denominaciones se ha canonizado, pero la aceptación de la denominación no implica necesariamente la designación a partir de ella de la organiza-

¹⁴ Véase entre otros Oldric Belic, "La periodización y sus problemas" en *Problemas de literatura* n. 1, Valparaíso, Chile, 1982, Beatriz González, "La periodización en las historias de la literatura latinoamericana", Caracas, Documento de trabajo, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG), 1982.

ción periódica: ella no explica el proceso mismo del discurso sino que lo remite a cortes externos. Estas situaciones externas desde luego lo condicionan, lo sitúan, frente a ellas la literatura entrega una respuesta, pero no necesariamente le corresponden como rupturas propias. La organización de acuerdo con movimientos y corrientes literarias responde en mayor medida al corpus en estudio. Sin embargo, como lo señalábamos más arriba, el espesor de éste no puede ser simplificado en una sola línea de evolución, ubicada en uno solo de los sistemas que constituyen este discurso: si hablamos de un período de vanguardias en las primeras décadas del siglo XX ¿no existe paralelamente un regionalismo de gran potencialidad? ¿No existe una literatura popular que se expresa en otros códigos? ¿No existe también una recuperación importante de las literaturas indígenas? Correspondiendo sin embargo al movimiento del discurso literario, esta organización pareciera no revelar la plural naturaleza de su identidad. La organización por épocas culturales —por su parte—, tales como Renacimiento o Barroco, tiene el inconveniente de no dar cuenta exactamente del proceso de literaturas que se constituyen, no como eco o transposición mecánica de los modelos literarios metropolitanos, sino como respuesta creativa a los procesos de expansión de las literaturas metropolitanas o de centros culturales hegemónicos. Respuestas desarrolladas en condiciones de dependencia económica y social, que lejos de entregar una expresión especular de esta relación, genera más bien mecanismos de descentramiento, de deformación, de respuesta creativa. En este sentido la historiografía literaria, y la periodización por ende, debe considerarse como una disciplina que lleva a la práctica la aprehensión conceptual de este desarrollo, que en la expresión de Antonio Cándido es el proceso "de toma de conciencia literaria y de tentativa de construir una literatura".

Lo que se intenta organizar es la dinámica de una historia literaria constituida por una gran dialéctica de ruptura y continuidad. En ella tendemos a mirar las rupturas: es necesario ampliar la mirada al espacio vasto del tiempo de las sociedades para darse cuenta de la persistencia de la continuidad. Hay un discurso que surge y se va constituyendo como tal en un período de lento aprendizaje que es mimético y creativo respecto de su genealogía y que se va moviendo entre éstos dos polos. Se desplaza entre mimetismo y creatividad con voz balbuceante —es la gran estética del balbuceo— y se inserta en la historia "particularmente lenta de las civilizaciones, en sus profundidades abismales, en sus rasgos estructurales y geográficos" de acuerdo con la gran reflexión de Fernand Braudel. ¹⁵ Nuestra literatura se constituye como tal, conforma sistema en el tiempo de la larga duración —el tiempo en que se erige una cultura, una civilización— hasta llegar a una etapa de consolidación como tal, que es el momento de independencia de su discurso.

¹⁵ Fernand Braudel, *Ecrit sur l'histoire*, Paris, Flammarion, 1969. La traducción es nuestra.

Más allá del aporte permanente de otras literaturas y culturas, éste se asienta ya en sus propios modelos literarios y se nutre del imaginario social de su propia sociedad, eje sobre el cual articula ahora su espacio orgánico. Habrá otras maduraciones en la lentitud de la construcción social: nosotros tenemos el privilegio y el desafío de observar hasta aquí su movimiento, aprehender su utopía, organizar y reflexionar con los elementos que tenemos la búsqueda de nuestra expresión.

El proceso de consolidación de una literatura: podría argüirse la perspectiva teleológica, la visión finalista de esta proposición. Estamos en una situación en donde lo importante es la creación de una literatura autónoma y poderosa que trabaja independientemente. Es en este sentido que observamos las diferentes fases: una primera fase de implantación, una segunda fase de superación, una tercera de independencia. Ellas van respondiendo correlativamente a una época en donde lo importante son los géneros, una segunda en donde lo importante son los movimientos y una tercera en donde lo importante son las corrientes. También esto nos parece ser una evolución evidente en el tratamiento de la literatura.

El primer período observable es, pues, aquel que se desarrolla en el discurso dialógico del descubrimiento y la conquista, en donde los interlocutores consignan una visión de los vencedores y una visión de los vencidos como los polos en donde se va fraguando muchas veces en medio de grandes contradicciones ideológicas el discurso de América.¹⁶ Se trata de un período que se ha visto durante largo tiempo como una etapa negra de nuestra historia cultural por la impronta del dogmatismo y la dominación. Ya los estudios sobre Bartolomé de Las Casas, los recientes sobre Alonso de Ercilla, los trabajos de Antonio Cándido sobre la literatura colonial en Brasil, así como los de otros investigadores, nos han entregado la perspectiva de un lapso de enorme dinamismo intelectual a pesar de la imposición y también justamente a raíz de ella. Un período en donde surge la voz anticolonial desde el mismo colonizador, una etapa en que la palabra se fragua en el mimetismo y el encubrimiento, que conforma un lapso de aprendizaje y de formación. Por esta razón a este período hemos dado en llamar el período de *Formación*, y se extiende desde la textualización dialógica de la conquista hasta antes del surgimiento del discurso ilustrado de fines del siglo XVIII, en donde nos parece ver un cambio significativo en la textualidad. Ella asume allí otra perspectiva histórica: la de la emancipación. Desde luego que no se trata de una conformación temática solamente, sino de una textualización de la historia, en la consideración de que "la literatura es historia, y la historia, es un elemento de la estructura literaria y la experiencia estética".¹⁷ Allí se va articulando un discurso americano, que Antonio Cándido reflexiona de la siguiente manera:

¹⁶ Véase Beatriz Pastor, *El discurso narrativo de la conquista de América*, La Habana, Casa de las Américas, 1983.

¹⁷ Véase Robert Weimann, «Significación pasada y sentido actual de los estudios de la historia literaria», en *Eco*, t. 35, n. 213, Bogotá, julio de 1979.

"En América Latina la literatura fue una imposición. Es curioso ver la correspondencia de los capitanes generales, la insistencia al mandar promover creaciones literarias. ¿Significa eso que era una literatura odiosa, reaccionaria? No. Ello es un mecanismo de dominación y dentro de ese mecanismo de dominación fue produciendo sus contravenenos. Fue así.

Yo pienso que durante todo ese proceso del descubrimiento a la colonización —en el caso del Brasil es un discurso que se encuentra desde el siglo XVI hasta el siglo XVIII— la constitución de un discurso americano se dio con gran ambigüedad mediante un movimiento dialéctico entre la visión realista y la visión transfiguradora. Porque ambas eran necesarias para la literatura, que era una concepción de la realidad. Los recursos de los hombres eran muy pocos, y esto es una manera de comenzar a explorar el territorio. Por una parte se necesitaban tantos esclavos para producir tanta azúcar —Soares de Sousa constataba objetivamente—, por otra se decía que a veinte millas del litoral aparecían monstruos. Es importante señalar que no sólo la literatura sino la propia acción del colonizador brasileiro estaba entre esos dos polos. No se trata de que el portugués fuera idealista o realista: era ambas cosas y ello constituía una constante. No era una mera proposición de la imaginación, era una necesidad de ocupar la tierra por la imaginación al mismo tiempo que la tierra era ocupada por el trabajo. La literatura, pues, en ese momento ocupa la tierra por la imaginación y esto es una de las grandes constantes de la literatura colonial, creo que en toda América. Nuestra realidad fue ocupada por la imaginación y la imaginación la transfiguró: surge entonces una visión que deja de ser cualquier necesidad de relación con la realidad para ser creación literaria. Va a constituir el paso de la visión realista, el paso de la falta visión paradisiaca al discurso auténtico, al discurso literario. Esta es la dialéctica. Entonces yo pienso que debería considerarse en ese primer momento la línea que muestra los dos tipos de discurso y ver después cómo se transforma en discurso literario. Es un discurso literario que es una legitimación de la fantasía. Aquello que sería hoy para un historiador irreal o fantástico existe en la literatura. Por eso la literatura es tan fundamental en Brasil como en toda América en el período colonial más que en otros períodos: porque ella fue refuerzo de la colonización —la literatura hacia circular los valores religiosos, políticos bajo la forma de valores estéticos— y por la ocupación imaginaria de la realidad que daba deseos para la acción.

Yo estoy pensando en aquello que se podría llamar la constitución de un discurso americano para la colonia. Ese discurso americano es la manera como el europeo ve América, la manera por la cual él trae los instrumentos de organización de la cultura. Creo que en ello habría dos partes: primero la formación de la imagen de América, con las dos líneas, como información y como transfiguración. Esta formación de la imagen de América, que de cierta

Este segundo período, que responde, como señalábamos, a un movimiento de superación del estatuto colonial de la literatura, es la expresión de una textualidad de contenidos concretos. En el ámbito de la Ilustración el surgimiento del nuevo intelectual constituye uno de ellos, tal vez el primero a enfrentar. Es el diseño del intelectual concebido como un pensador, en una globalidad que escapa al estricto plano literario: es el intelectual iluminista con todos sus proyectos. Emerge una "literatura pública" en el sentido de concertación colectiva, en donde también entran proclamas, actas independentistas, periodismo científico-literario, poesía patriótica, etc. Así ocurre con intensidad en Brasil: se produce allí el surgimiento del "arcadismo", que fue un rococó, tanto en Brasil como en México, y que es necesario explorar como fenómeno. La Ilustración, como primer momento de formación de la conciencia nacional, con predominio neoclásico y supervivencias barrocas da lugar a este fenómeno. La literatura jesuítica es notable y en Brasil se puede observar una importante polémica entre los jesuitas y los intelectuales ilustrados que apoyan la política del despotismo ilustrado. Los viajeros ilustrados son también parte de la cultura de este momento. Es importante señalar que la Ilustración desciende al pueblo en la medida en que necesita reclamar el apoyo de los sectores bajos de la sociedad. Allí se sitúa José Joaquín Fernández de Lizardi y la poesía popular de Mariano Melgar y Bartolomé Hidalgo. Es el momento en que va delineándose la noción de literatura nacional.

"El surgimiento de las nacionalidades —dice Domingo Miliani— no es una expresión puramente política: surgen las literaturas nacionales diferenciadas, se rompe el modelo. Surge la América, el primer americanismo y los grandes proyectos continentales para entrar de lleno al surgimiento de las literaturas nacionales. Es específicamente el nacionalismo literario con el romanticismo, con el socialismo utópico, con el positivismo inclusive, que después se rompe con la intención universalista del siglo XX, que es la modernidad.

Es muy difícil establecer un modelo abarcador: Cuba se independiza en 1898 y necesitamos sin embargo hablar antes de independencia convencionalmente. A ésta sucede el surgimiento de las nacionalidades que es ya mayoritariamente para América el surgimiento de una conciencia nacionalista política y literaria también: son las literaturas nacionales, los costumbrismos, los tradicionalismos, el romanticismo, nacionalista, hasta el positivismo. Posteriormente viene entonces la ruptura con el modelo nacionalista para entrar en una intención universalizante, cosmopolita, que sería la modernización. Es necesario dejar períodos abiertos, sin establecer topes cronológicos".

En la proposición de Antonio Cándido al respecto hay otras dimen-

siones, que concuerdan y también difieren en alguna medida con esta participación:

"Estoy pensando —dice Cándido— en la literatura brasileña, que es la única que conozco. Concuerdo plenamente. El momento de la Independencia es uno de los raros momentos en que las categorías estéticas, históricas y políticas coinciden. Porque las personas quisieron también independizarse literariamente, incluso adoptando modelos extranjeros: italianos, alemanes. Por eso es que lo que fue el exotismo para el europeo fue nacionalismo para nosotros. Por eso para nuestra definición el problema contrastivo fue muy importante. Hay realmente un momento de nacionalismo y de independencia que se da en varios períodos. Cuba es un caso parecido. Después para ustedes, hispanoamericanos, llega el problema del Modernismo. Modernismo está ligado con cosmopolitismo. Para nosotros es lo mismo, se llama Simbolismo y Parnasianismo, pero en la literatura en prosa es la creación del regionalismo pintoresco y particularista. Los mismos escritores —Henrique Coelho Neto, por ejemplo— que cuando hacían literatura culta eran tremendamente portugueses, europeos, cosmopolitas, escribían cuentos regionalistas pintorescos pregando que había que descubrir el Brasil. En el mismo momento en que se produce lo que se llama el movimiento de la literatura regionalista brasileña, la "literatura sertaneja", que es un exotismo interno. Coincide con el simbolismo y el parnasianismo. Entonces ya no podemos hablar ahí de cosmopolitismo sucediendo a un nacionalismo. La única manera de ver los períodos en América Latina es ver en cada período los elementos conflictuales, las situaciones de conflicto".

Romanticismo

En el ciclo romántico se hace necesario observar la adaptación que hacemos de este movimiento en el área de su recepción: hemos tomado algunas de sus líneas de desarrollo original. por ejemplo, en lugar del tono romántico intimista la literatura latinoamericana ha adoptado el tono romántico-social, en un lineamiento progresista. La americanización del romanticismo implica una visión que soslaya lo que hay de sus fuentes. Su movimiento básico es la nacionalización de lo pintoresco y lo exótico, con un primer momento de fuerte reflexión sociopolítica y de problematización de nociones como las de cultura y lengua nacionales. Un segundo momento aparece caracterizado por el sentimentalismo en lo temático e ideológico, y por la conformación de una narrativa. Entre los géneros es importante el desarrollo del cuadro de costumbres. Surge una poesía romántica y una prosa de reflexión de carácter sociológico, crítico y político. Sarmiento expresa cabalmente este

momento. En esta etapa el relieve es de la novela, el género que había surgido con José Joaquín Fernández de Lizardi. El folletín, que es el melodrama romántico, la novela por entregas, se extiende a lo largo del siglo XIX: con el surgimiento de la gran prensa, la comunicación nueva, se establecen modelos imperiosos sobre los escritores, que se sitúan en relación con el mercado. La literatura gauchesca, la importante producción popular del sur, tiene su centro en *Martin Fierro*, de José Hernández mientras surge, por otra parte, un teatro romántico.

El tercer momento de este período está marcado por el discurso realista y parnasiano, imbricados en una ideología positiva. El simbolismo entra a la disolución del positivismo y a su transformación. La búsqueda de la realidad que significa un desarrollo de la conciencia nacional implica una crítica de la visión idealista y una mayor y más rigurosa aproximación al continente. Este momento está enmarcado en la influencia de la ciencia moderna, regida por una orientación positivista y naturalista, tanto en la biología como en la sociología. En el nivel estético se produce una bifurcación a partir del romanticismo: por una parte la alteración de los nexos tradicionales, formales y semánticos, que conduce al simbolismo; por la otra, la importancia conferida a la organización formal, cuya expresión típica es el parnasianismo. Se desarrollan también las tendencias realistas contenidas ya en la narrativa romántica. Es importante ver este momento como antitético al anterior, como reacción sociológica a la historia romantizada. Es una tentativa de reflexión sociológica sobre América Latina que reacciona contra la secuencia histórica de formación de conciencia. En Brasil la ruptura es muy violenta. Es el momento del triunfo de la novela con Joaquim Machado de Assis y la narrativa realista, la gran expresión de la novela. Es también el gran período de la crítica y el ensayo así como el período de esplendor del teatro, con la llegada del teatro naturalista. Para los hispanoamericanos, parnasio y simbolismo constituyen un solo bloque, el Modernismo, que en esta literatura tiene un desarrollo más espectacular que en la brasileña: Rubén Darío en la poesía, José Enrique Rodó en el ensayo, Manuel Díaz Rodríguez en la novela.

El tercer período, el de la *Independencia* literaria, está marcado por una polarización: la de vanguardismo y regionalismo. Alrededor de 1910 se observa la irrupción de una conciencia nacionalista que se textualiza —es el caso de Manuel Gálvez, Ricardo Rojas, Mariano Azuela— en lo que constituye una afirmación nacional, que luego tomará un carácter antimperialista. Esta conciencia nacionalista está enmarcada en dos situaciones históricas importantes, que la hacen consolidarse entre 1910 y 1920: por una parte el Centenario de la Independencia y por otra, el fenómeno de la Revolución Mexicana. Es una afirmación nacional que se combina con la destrucción del porfirismo. Estamos en un período de surgimiento de nuevos sectores sociales y de procesos de urbanización. Aparece una literatura sencillista: una literatura que puede contar la vida del barrio, la vida de la familia, los problemas sociales en que están. No es estrictamente una literatura social, pero es

una literatura impregnada de nuevos valores que no tiene relación con el modernismo hispanoamericano. Hay una transición marcada por un acento nacional americano antimperialista. Esta situación varía desde luego dentro de las diferentes áreas continentales y existen excepciones, como la de El Ateneo de la Juventud en México, cuya preocupación es la cultura universal.

En este movimiento conjunto de cambio en la literatura, en donde se sitúan Ramón López Velarde, Leopoldo Lugones, Baldomero Fernández Moreno, Manuel Gálvez, comienza a surgir una narrativa popular, de consumo de las clases ascendentes. Allí podría considerarse incluso al Borges del primer momento, del mismo modo que al grupo Minorista cubano, que presenta elementos del mismo tipo. Respecto de este momento apunta Angel Rama:

"Lo que quiero señalar es que ahí hay un proceso de transición y de transformación antes que estudiemos vanguardia y regionalismo. Es la nueva fuerza nacionalista que sostiene luego el esfuerzo de los escritores regionalistas en muchos lugares, porque van a asumir también la necesidad de reivindicar sus circunstancias. Es en el fondo la negativa de todo el extranjerismo, del cosmopolitismo que había practicado el modernismo nuestro, el simbolismo de Brasil. Contra ese cosmopolitismo hay una ruptura y una búsqueda de afirmación nacional. Ahí hay toda una formación poética que me parece muy importante y que está en la generación nacionalista. Porque no es sólo Manuel Gálvez, son también Baldomero Fernández Moreno y Ramón López Velarde quienes marcan con toda nitidez ese momento. Se quiere rebajar el esplendor modernista: es Carlos Pellicer, es Luis Carlos López. Yo creo que todo esto es un centro, que toda esa formación nacionalista podría organizarse en capítulos por zonas en distintos momentos. Yo creo que hay un cambio: es como si entráramos en América Latina con más soltura en ese período. Luego viene el proceso de los veinte y los treinta con sus dos vertientes más marcadas —una de vanguardia y otra de regionalismo— y luego, ya de los cuarenta en adelante, el proceso de lo que podríamos llamar la literatura actual, la literatura presente. Hay autores que están en uno y otro lado: el Borges de los veinte no será el posterior".

Hacia los veinte es la irrupción de la vanguardia con su vinculación cosmopolita y el espíritu de la modernización que en el continente asume distintas modulaciones de una expresión ideológico-política. Este componente ideológico-político es latente y asume formas tanto de nacionalismo como de vanguardia política propiamente dicha. En Brasil, en los años treinta, se acusa a las vanguardias de ausentismo político. Es la vuelta a los elementos románticos, a la identidad nacional, un problema ideológico más que directamente político. Sin embargo, un

sector de la vanguardia brasileña toma directamente el camino de la derecha recalcitrante. En Hispanoamérica en general su expresión política es más definida, aunque en ciertas áreas como la Argentina está presente más el nacionalismo que la preocupación política propiamente tal. Hay casos de politización muy clara: Lima y *Amauta*, Venezuela con el grupo de *válvula*.

La vanguardia tiene como centro cronológico y simbólico para todo el continente la Semana de Arte Moderno de São Paulo, en el año 1922. El fenómeno brasileño es de una importancia muy grande, así como el hispanoamericano. Encontramos allí, con las primeras obras de Mário de Andrade, con las de Vicente Huidobro el comienzo de la constitución de una estética. Un estudio de las formas de apropiación de las literaturas europeas es allí importante, en especial porque nuestras literaturas vuelven a absorber esos materiales. Se trata curiosamente de un fenómeno nacional de abastecimiento internacional. Ingresan las corrientes modernas —el cubismo, el dadaísmo, el futurismo— y comienzan incluso a aparecer rasgos norteamericanos menores. Se llevan a cabo formas de vinculación: las visitas de Blaise Cendrars, de Filippo Marinetti, y ya formas más expeditas a través de revistas, de manifiestos.

El capítulo regionalismo se inicia con la novela de la Revolución Mexicana, tipo interesante de novela que toma todo un tramo de la historia de México. El regionalismo aplica el análisis de creación, el análisis literario a distintos lugares de América y desarrolla una concentración de conocimiento sobre ellos: se trata de verdaderas aventuras nacionalistas. Como material está allí todo el regionalismo narrativo brasileño y el hispanoamericano, que es una producción muy grande. Dentro de este tema aparecen especies de subtemas independientes: el negrismo, con la poesía que se produce desde Cuba al Río de la Plata. Por otra parte, y respecto de otra zona, surge el indigenismo con la preocupación sobre el indio con pautas ya modernizadas, a lo largo de la cordillera de los Andes. Está toda la tesis indigenista, la ideología indigenista que toma gran importancia: ¿cómo se debe llamar América, Hispanoamérica o Indoamérica? Haya de la Torre hablará de Indoamérica, mientras para Fernando Ortiz se trata de Afroamérica: son los dos grandes fragmentos de toma de conciencia. Se trata de un discurso literario con su ideología, con su planteo de formas, con una recuperación de temas. Dentro de este sector de materiales se encuentra también el nativismo, el criollismo: incluso la literatura urbana de los veinte en Buenos Aires es un acriollamiento, como en el caso chileno de José Santos González Vera y en la novela *Las mal llamadas* de Benito Lynch. Dentro siempre de la atmósfera del regionalismo hacia los años treinta se encuentra una novela social que tendrá mucha importancia.

Dentro del gran empuje de las vanguardias la poesía es una explosión: allí surgen Manuel Bandeira, Pablo Neruda, César Vallejo, que son creadores fundamentales. Es importante el ámbito de las vanguardias con su aliento de subversión de la palabra, porque también allí se encontra-

rán las bases de lo que será posteriormente la narrativa nueva: Miguel Angel Asturias, Alejo Carpentier, etc. Bajo la égida de la poesía, que es el gran género de la época, está toda la aparición de la nueva novela. Esta se inicia, de alguna manera, ya desde Mario de Andrade, con las primeras novelas de Vicente Huidobro: en los veinte está el comienzo de la nueva narrativa a la que generalmente se ubica en los cincuenta.

La producción de discursos es enorme en ese momento, hay formas de apropiación, de vinculación, de creación de líneas, de investigación estética que configuran una verdadera eclosión.

“Yo personalmente pienso —dice Angel Rama— que tenemos dos vanguardias: una muy vinculada a Europa, que va desde Huidobro, que se integra al mundo europeo, a Borges, en donde termina ese modelo de movimiento. Hay otra vanguardia: Vallejo no se integra en esa forma, él escribe *Trilce* en 1922 en la ciudad de Trujillo. Creo que hay un doble movimiento de las vanguardias: las vanguardias que se insertan totalmente en la corriente europea —los mexicanos Manuel Maples Arce y Carlos Pellicer—, pero al mismo tiempo otras que tratan en lo posible de integrarse a procesos de recuperación. Mário de Andrade, ¿no es más bien el intento de recuperación antropológica de los elementos que forman la nacionalidad? Oswald de Andrade, en cambio, parecería estar mucho más anclado en la nutrición vanguardista europea. Es el movimiento de las influencias europeas y las recuperaciones nacionales —habrá que buscar otro modo de decirlo pero es la idea— que da la ambivalencia dentro del proceso de la vanguardia, una vanguardia que ya no es imitación refleja. Hay imitación, pero la imitación sirve simplemente para hacer una buena investigación de nuestra realidad. Yo siento que en general el movimiento oscila entre esas dos fuerzas, y propondría que trabajáramos así porque incluso es lo diferente del período de fin del siglo XIX. Es necesario organizar una materia enorme en torno a esas dos fuerzas que funcionan en el ciclo del veinte y el treinta solamente.”

En la revisión de los materiales comienza a delinearse como gran tema lo que se dio en llamar “los Maestros del continente”, los que enseñan disciplina, rigor, amplitud de visión; son los que comienzan a afirmar América Latina y que tienen una dimensión de magisterio, de sentido pedagógico. Es una generación antimperialista muy marcada porque emerge después de los sucesos de Panamá (década de 1910). Pedro Henríquez Ureña marca con toda claridad el americanismo, mientras El Ateneo de la Juventud no es americanista en ese momento. Este grupo mexicano muestra un proceso transicional y va abriendo nuevos problemas: en lo literario son Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos. Ellos son universalistas pero comienzan un mensaje muy americano. A partir de allí sería necesario reconstruir en América los casos similares, como el del peruano Francisco García Calderón, del ar-

gentino Manuel Ugarte y en Brasil de Manuel Bonfim. Surge el gran tema del americanismo y el antimperialismo, que se estructura a partir de los acontecimientos históricos.

"El Ateneo de la Juventud —dice Angel Rama— en ese momento no es americanista. Está preocupado en discutir la filosofía universal, de leer a Platón y a Kant. En cambio Manuel Bonfim expresa claramente la aparición de una conciencia, de una afirmación nacional a comienzos de siglo. Incluso la discusión con Silvio Romero sirve para hacer un aparte de aguas. Bonfim era un maestro de escuela, hay allí algo muy bonito de una nueva capa social. También en este momento aparece una sociología que empieza a trabajar sobre los temas nacionales, los temas sociales, José Vasconcelos pertenece a esa línea, pero después de El Ateneo; en El Ateneo pide la lectura de los hindúes. Pero visita Brasil, Argentina, y un libro capital suyo es de 1921. Es el gran tema del americanismo y el antimperialismo. Heredan y estructuran ese antiperilismo sobre todo a consecuencia de las intervenciones cuando la Revolución Mexicana. Aparece con claridad un pensamiento antimperialista que va a ser rector dentro de América. Sería importante que dentro de la afirmación nacionalista podamos reconstruir a esos maestros y podamos fijar ese americanismo como una nueva concepción integradora, como una forma de defensa que lleva a los estudios sobre lo propio: ahí está el cubano Fernando Ortiz, están todos los que trabajan sobre nuestra realidad cultural.

El argentino Ricardo Rojas es la afirmación nacionalista, pero se adelanta en cierto modo. Yo insisto en que en esa fecha se va a sumar el centenario de la Independencia y la Revolución Mexicana, y esto genera una fuerza inmensa dentro de América de conciencia americana, de conciencia nacional. Hay una transición marcada por este acento que hace aparecer una literatura sencillista, que también está en Brasil. Después varía en diversos lugares, y la generación de El Ateneo es una excepción dentro del conjunto por su enorme preocupación por la cultura universal. En este sentido todavía parecen ser hijos del modernismo. Parecen estar defendiendo esa preocupación, pero haciéndola rigurosa. Porque ellos son maestros del rigor: ellos enseñan eso.

También Justo Sierra es un poco padrino de todos ellos: los ayuda en todo, les abre camino. Justo Sierra preparaba su descendencia a través de El Ateneo. Todavía es ese pensamiento que no sé si hay que ubicarlo en el período anterior; lo que pasa es que luego pasaron a ser los grandes maestros: Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña son maestros de toda América, pero son maestros en la medida en que se transforman en americanistas. Es casi el primer americanismo real. Bolívar, desde luego es americanista, pero no sucede nada: es el fracaso del Congreso Anfictiónico. El real americanismo se produce en el siglo XX. Entonces es fundamental para lo que venga después."

Uno de los problemas que presenta este tercer período al historiador, es el que él mismo está viviendo la carencia de la perspectiva temporal

necesaria para observar los fenómenos. La literatura que surge en los años sesenta por ejemplo, y que constituye un material de enorme importancia, conforma el proceso, la unidad que estamos viviendo hoy, lo que estamos observando actualmente. En esa medida la evaluación es difícil. En Brasil enmarca, por su parte, la aparición de las últimas vanguardias. Es por eso que pensamos que una revisión histórica es necesario dejar un período libre, que permita observar los problemas con alguna perspectiva. Pensamos actualmente que la etapa de la Independencia literaria es posible de ser observada con algún decantamiento de la discusión crítica hasta fines de la década de los sesenta, aun cuando para las últimas décadas, el problema subsista en gran medida.

Sobre la evolución de la lengua

El ámbito de la lengua parece constituir un ámbito privilegiado de estudio historiográfico, en el sentido de que el movimiento de autonomización que ella va desarrollando respecto de la lengua metropolitana es un indicativo importante en el proceso de consolidación de la literatura continental. Si bien existen estudios dialectológicos parciales en México, o en el Instituto Caro y Cuervo de Colombia por ejemplo, pareciera ser que no se posee un material suficiente respecto de la diacronía de las hablas que permita un estudio de la evolución de la lengua en el continente. Pero no es exactamente a ese ámbito al que nos queremos aproximar, sino a la lengua en su función literaria. En efecto, pareciera posible observar allí un proceso de la lengua en su función literaria: sus utilizaciones, las discusiones en torno a la lengua y la literatura, su institucionalización. Este deslinde va dando luces asimismo respecto del proceso de independencia del discurso de la literatura.

"Es —dice Angel Rama— cómo se consideró y se dio la lengua por la literatura. Hay un cambio muy marcado en el siglo XIX: todo el problema de abandonar el español, las reformas ortográficas, toda la discusión que lleva hasta el brasileño Ruy Barbosa, que es qué se hace con la lengua y cómo se maneja. Ahí está nada menos que Rufino Cuervo, están todos los grandes lingüistas. Es una inquietud que ocupa el siglo XIX y hasta comienzos del XX. Y allí está el otro problema, la inserción de las lenguas más populares, incluso de las lenguas indias, o de formas indias, dentro de la literatura. Allí hay otro gran debate sobre la lengua: la absorción del habla. La discusión del grupo de Buenos Aires: de Amado Alonso, de Pedro Henríquez Ureña, de Raimundo Lida, de Angel Rosenblat. Es apasionante, en el siglo XIX todos los diccionarios de americanismos se agregarían al *Diccionario de la Real Academia Española*, pero no se atreverían a tocar el español americano. Son

repertorios lexicales para situar al lado del Diccionario de la Academia. En el siglo XX comienza a ser la lengua española de América. Brasil tiene un diccionario que se llama *Diccionario brasileño de la lengua portuguesa* que está hecho desde la perspectiva brasileña: es una revolución. Nosotros no tenemos hecho eso por el problema de la diversidad de países. Los mexicanos ya hablan del español de México con toda soltura, lo cual significa reconocer que esa lengua está funcionando y paralelamente en la literatura empieza a considerarse así. Se acabaron los glosarios al final de cada libro: ahí hay toda una transformación en el uso de la lengua de mayor arrogancia.

Voy a contar un ejemplo ilustrativo. Con mis alumnos nos dimos cuenta que en un ejemplar hecho en España de las obras de Juan Rulfo todo término mexicano fue trasladado al término español. No había un solo *tejocote*. Levantamos todos los términos que habían sido alterados de la edición de Fondo de Cultura y Rulfo hizo una declaración oficial negando la edición española que tuvo que ser quemada por ser atentatoria de su texto, para hacer una nueva edición copiando cuidadosamente la de Fondo. Esto ha sucedido también con Gabriel García Márquez y Roberto Arlt."

La afirmación del español de América tiene por otra parte una serie de manifestaciones, como la traducción en Argentina, en Venezuela, en otros países de William Faulkner, de James Joyce, de los clásicos. Además hay un trabajo concreto sobre la lengua que están desarrollando los estudios lingüísticos continentales y que tiene también relación con el uso literario del español de América, del portugués de Brasil así como en el Caribe la labor del Instituto Lingüístico Antillano respecto del papiamento o los trabajos sobre el créole en el ámbito francófono. Estos problemas constituyen un campo interesante de la historiografía literaria continental, en donde los deslindes en el campo de la enunciación ponen en evidencia la evolución histórica de la literatura, de un discurso que va asumiendo etapas en su proceso de afirmación.

Los problemas metodológicos

La complejidad de conformación y de evolución del discurso literario, que hemos ido abordando, tiene desde luego importantes implicaciones en el ámbito teórico y metodológico. Estas implicaciones se observan al mirar el material historiográfico en una doble aproximación: considerándolo, por un lado, parte de la cultura occidental, y, por otro, intentando deslindar los mecanismos de apropiación que hacen a la particularidad de estas literaturas —y estas culturas—, aquellos con los que una cultura dependiente asume a las culturas metropolitanas, las formas de respuesta creativa que ella desarrolla en esta situación, así como el modo en que asienta su legado para constituirse en su propio modelo de referencia.

Nos parece que en la medida en que las discusiones y el avance del trabajo lo permiten, se nos hace necesario aludir tanto a algunos problemas que es necesario delimitar como tales sin por ello ofrecer una respuesta, así como a otros frente a los cuales es posible hacer una proposición tentativa. Como es evidente, tanto en uno como en otro caso, no hacemos más que proponer hipótesis que dan cuenta de nuestra aproximación, hoy, a la observación de estos problemas. Con el avance del conocimiento, con la adquisición de nuevos instrumentos teóricos y metodológicos se podrá seguramente intentar otras posibilidades, revisar las anteriores y dar un nuevo paso en la investigación de estas cuestiones. Nuestras anotaciones tienen el sentido de apuntar aquello que se ha discutido durante nuestro trabajo y nos parece importante y útil en nuestro ámbito, o que se puede inferir de los problemas tratados durante el desarrollo de éste.

Al dar una mirada a la composición del discurso literario de nuestro continente y a la diferenciación de sus sistemas, lo primero que salta a la vista es la diversidad de ritmos temporales en que ellos se mueven. Efectivamente, se trata de literaturas en donde por ejemplo coexisten sistemas literarios de temporalidades distintas, como es el caso de la coexistencia del sistema literario indígena y el sistema literario erudito. En el ámbito de la temporalidad es posible también observar otro fenómeno: la existencia de líneas de presencia permanente en cuyas modulaciones surge un determinado momento de mayor fuerza. Domingo Miliani habla de la especificidad de la literatura latinoamericana en este sentido y de la necesidad de la aproximación teórica a este problema para su conceptualización. No se puede decir, por ejemplo, en dónde comienza y en dónde termina el Barroco, que está en el siglo XVI y que hoy encontramos en Alejo Carpentier. Lo mismo podría decirse del nativismo en sus diferentes proposiciones. Son permanencias, es un continuo que coexiste con otras líneas de desarrollo literario. El problema para la historiografía literaria es cómo dar cuenta de este fenómeno.

"Ahora, queridos amigos —dice Antonio Cándido— estamos nuevamente en una encrucijada. Ahora es el momento crucial porque tenemos una opción práctica. Yo estoy con mucho miedo porque toda nuestra formación teórica y crítica está basada en la idea de sucesión temporal homogénea. Nosotros negamos esto como actitud, pero la práctica está ligada con una ley de sucesión temporal homogénea y con una tendencia a no reconocer las contradicciones. El principio de identidad y de tercero excluido rige siempre nuestros pensamientos. Y nosotros lo estamos provocando, estamos bricando, estamos jugando con la contradicción, con la abolición del principio de tercero excluido, con la abolición de la idea de analogía, con la abolición de la idea de homogeneidad. Han surgido aquí ideas muy bonitas. Ahora está apareciendo realmente, por primera vez, el asomo de un método correspondiente a nuestras ideas. A partir de Caracas las ideas estaban fijadas, ahora está surgiendo un método. Entonces, con ese método nuevo, si nosotros hacemos esto, se niega toda posi-

bilidad de una historia como la que hemos concebido hasta aquí y como en el fondo inconscientemente estamos concibiendo, a pesar de nuestras afirmaciones superficiales de originalidad. Ahora surgió un problema nuevo, y no sé si somos capaces de enfrentarlo porque es un problema que sobrepasa todos nuestros hábitos teóricos, todos nuestros hábitos historiográficos. Nosotros estamos caminando por una cosa bastante vertiginosa que es la tentativa de tomar en consideración los diferentes ritmos temporales. El ritmo temporal de una sobrevivencia maya no es el mismo que el ritmo temporal de una influencia neoclásica, son ritmos diferentes. Por ejemplo, la contribución de las lenguas guaraníes está viva hoy en que los guaraníes van desde el Paraguay hasta Santos a esperar la gran canoa que los va a llevar a la Tierra sin Mal. Entonces están viviendo aún aquellos textos registrados que para nosotros son sobrevivencias precolombinas."

La delimitación de este problema historiográfico propio de una zona literaria de conformación socio-cultural como la nuestra debiera tener en la redacción de una historia, formas concretas de solución. Parece, en relación con esto, haber varias posibilidades. Observa Jacques Leenhardt:

"Estamos ante un problema de metodología que es metodología contrastiva. Tenemos que tener dos metodologías: una lineal y otra que va a abarcar en un capítulo todo el desarrollo, como para el caso del indigenismo o el barroco. En esto también está presente el comparatismo contrastivo: no hay que tomar una o la otra sino las dos al mismo tiempo."

Continúa Roberto Schwartz:

"Como hay una intención latinoamericana y social en todo esto, mezclamos problemas y procesos muy diversos. Creo que hay que adoptar una diversidad metodológica también. El tratar las cuestiones indígenas no es incluso un problema de periodización, ahí hay problemas propios: no se trata seguramente de arte en el mismo sentido en que se habla de arte en la tradición europea. Se trata de otra cosa que está siendo más o menos sintetizada en la práctica. Creo que hay que aceptar que queremos que estén juntos, pero no son iguales y uno no los puede tratar con el mismo criterio."

Se trata de aprehender el tiempo múltiple, ese tiempo social de mil velocidades diferentes, el tiempo de mil lentitudes de que habla Fernand Braudel, que es necesario recuperar en una percepción del movimiento de un imaginario social que se va plasmando en distintos tipos de textualidades —en oralidad y escritura— en las diferentes instancias de sus rupturas y sus continuidades y que en lo esencial no afec-

tan las bases de aquello que va conformando nuestra cultura. El tiempo de construcción de una civilización —no "la" civilización— como sinónimo del tiempo de construcción de una cultura. La historia de temporalidades múltiples de nuestra literatura puede ser aprehendida tal vez en los términos de su multiplicidad. Este es un problema que enfrenta al historiador y que no se limita a las fronteras de su consideración, necesita dar forma concreta a esta multiplicidad.

Una forma de solución a la pluralidad temporal se dio anteriormente respecto de la consideración de las literaturas indígenas: ellas podrán ser aprehendidas en la medida en que accedan a la periodicidad del conocimiento occidental, en la medida en que este conocimiento y esta temporalidad se las apropia. Evidentemente no es el tiempo de ellas, sino el de nuestra apropiación de ellas la realidad de nuestra perspectiva, pero no tenemos otra posibilidad de conceptualizarlas.

Otra proposición de solución metodológica tiene que ver con la constitución de unidades en torno a movimientos que se erigen en centro de dinamismo literario, o de autores especialmente distinguidos que permiten entregar un momento o un desarrollo orgánicamente concebido en torno a ellos. Existen tendencias evolutivas que se prolongan en el tiempo y que en su desarrollo adquieren distintas modulaciones: es necesario aprehenderlas en su extensión, del mismo modo como es necesario en otros casos prehendidos procesos de aglutinamiento, de especial productividad, que tienen una duración más limitada. Observa Domingo Miliani:

"En lo relativo al regionalismo se podría hacer por ejemplo un gran capítulo, como una secuencia —retomando la idea de trabajos anteriores de Angel Rama— de larga duración, que arrancando del romanticismo, de la mimetización de los cuadros de costumbres de Mariano José de Larra, etc., se desarrolla como la primera modulación de una narrativa regionalista —no es realmente una novela, son cuentos, artículos de costumbres— que tiene una continuidad en coetaneidad con el simbolismo. Ver primero el romanticismo sentimental, continuar dentro del modernismo con la variante del criollismo, siguiendo en el siglo XX con la variante del regionalismo y el superregionalismo. Englobar todos esos elementos como una continuidad, como una secuencia de larga duración. Esto abarca modalidades regionalistas como la literatura gauchesca, para el caso del sur, la literatura indigenista del altiplano, la novela de la Revolución Mexicana. De ese gran capítulo sobre costumbrismo se derivarían subcapítulos."

Por otra parte parece de gran interés y eficacia la consideración de las ciudades como espacios privilegiados. Efectivamente, se considera que es allí en donde es posible observar la complejidad de los procesos literarios y culturales, sus entrecruzamientos, sus superposiciones, sus rupturas, la riqueza en fin de su existencia histórica. Es así como lo propone Angel Rama:

"Yo creo que se puede alternar en el programa general autores especialmente distinguidos y movimientos como sistemas correlativos. Ahora, hay una cosa que me tienta mucho también y que son las ciudades como procesos creativos. No solamente es todo el movimiento sino que de repente hay una ciudad que tiene una capacidad de orientación, de dirección. Río de Janeiro tiene en un momento una situación absolutamente privilegiada en la creación de una cantidad de formas literarias. Buenos Aires es clarísimo dentro de América. Es decir, hay ciudades que representan un instante muy especial de concentración de la tarea creativa. Por ejemplo São Paulo. Yo no sé si no se puede también pensar en alternar esos sistemas con otro que apunte a momentos óptimos de ciudades, momentos de gran expansión de una ciudad y que permitan hacer un corte sincrónico de todas las conformaciones literarias."

En el trabajo de Angel Rama que incluimos en el presente volumen se hacen mayores alcances al respecto.

Como podemos comprobar, tratándose de la evolución del desarrollo literario de todo un continente de existencia tan peculiar, el problema de la temporalidad tiene muchas implicaciones. En el ámbito ya no del espesor del discurso sino en la perspectiva de su extensión sucede que a pesar de existir respuestas similares frente a determinados estímulos estéticos e históricos, ellas no tienen la misma importancia ni el mismo desarrollo en las distintas áreas del continente. Es la dialéctica de la unidad y la diversidad, y así la plantea José Luis Martínez:

"Estamos suponiendo —dice— que Latinoamérica es más o menos una unidad. ¿Qué será más artificial, suponer que existe esa unidad de Brasil e Hispanoamérica y de pronto hablar de un movimiento común o intentar ver lo que está haciendo cada parte aunque una parte respecto de la otra no tenga comunicación? Es necesario considerar que la comunicación con Brasil es muy irregular y tardía. ¿Cómo vamos a considerar a las Antillas como si fuera un solo movimiento continuado? En realidad son tres, al menos tres movimientos: los románticos antillanos, los románticos brasileños y los románticos de lengua española."

Como no se trata desde luego en una historia literaria de una elaboración sobre la base de la enumeración y la exhaustividad de los fenómenos sino de apuntar las líneas de evolución básicas de ella, la perspectiva es necesariamente bastante interpretativa. En esta interpretación hay mucho de diseño y, como apunta Antonio Cándido, la historia necesita observar momentos de aglutinación y momentos de paralelismo, que permitan dar cuenta de que cuando en un lugar sucedía algo muy importante, en otro también había algo muy importante, pero completamente diferente.

"Lo que ha ocurrido es que Hispanoamérica —dice Angel Rama— ya ha hecho un discurso coherente de su literatura. Pero ese discurso coherente se superpone a una situación real, una situación de áreas diferentes en las cuales se han producido independientemente las literaturas, muchas veces sin comunicación de ninguna especie. Pero también se presenta un fenómeno de más complejidad: es necesario reconocer también que hay núcleos separados dentro de América Latina que tienen momentos, y hay puntos de mayor calidad e importancia. La literatura de la Independencia tiene en Venezuela su mejor lugar probablemente respecto de toda América. Se da al mismo tiempo el discurso de Simón Bolívar, Andrés Bello y Simón Rodríguez. Es difícil encontrar en otras zonas de América una literatura de espíritu de Independencia similar a la de Venezuela. No tenemos por ejemplo en la Independencia mexicana una literatura de tales figuras y semejantes creaciones. Tampoco en el Río de la Plata, que es lo más semejante a Venezuela, a pesar del grupo de Mayo. Y desde luego tengo la sensación de que en Brasil no hay en ese período figuras de tal magnitud, además de que todo el proceso de independencia es totalmente diferente. Yo entiendo que se puede reconocer que en ese momento esa área privilegiada —por lo demás por razones especiales que quizá sociológicamente sean comprensibles— toma la delantera respecto de otros sectores de América. Pero en cambio, sucede que Venezuela o la Argentina no cuentan en la Colonia como centros importantes. Los centros importantes son los centros de las grandes comunidades indígenas sobre los cuales están asentados los españoles: la Nueva España, la Nueva Granada y el Perú, incluso la Capitanía de Quito. En ese momento ellos marcan la mayor potencialidad creativa."

Una forma de solución, pues, a la cuestión de las temporalidades diferenciadas, consiste en poner al descubierto los núcleos privilegiados en la producción estética que den cuenta de fenómenos diversos y no necesariamente de la misma importancia. Pero al hacer la selección de los elementos importantes no se pueden obviar los demás elementos que funcionan dentro de la vida americana; es necesario por el contrario dejarlos insertos, señalados, porque si no se corre el riesgo de empobrecer la visión histórica. En un trabajo de carácter colectivo que pretenda no caer en la exhaustividad pero que intente al mismo tiempo no perder la riqueza de la pluralidad de los sistemas, los problemas prácticos de elaboración son múltiples. En este sentido se trataría de organizar la elaboración de cada unidad de trabajo, discernida por la periodización de la siguiente manera. Primeramente un análisis introductorio que dé cuenta del movimiento general, así como del carácter de sus manifestaciones. De él se desprenderían las tres o cuatro líneas evolutivas básicas que den cuenta a su vez del carácter de los elementos relevantes a trabajar. Este trabajo de elaboración, llevado a cabo por investigadores diferentes, necesita un movimiento de intercambio en donde el

esquema introductorio de donde surgen las líneas de desarrollo posterior sea a su vez reformulado y enriquecido posteriormente por éstas. Estas unidades pueden construirse a partir de los núcleos aglutinantes de un momento dado, como en el caso de la Independencia que se señalaba anteriormente. Pero también pueden construirse a partir de una evolución cronológica. Sería el caso por ejemplo de situar la novela en el siglo XIX en torno a Joaquim Machado de Assis —cuando alcanza su temprana plenitud— pero sin ignorar la novela desde su nacimiento con José Joaquín Fernández de Lizardi, observando sus dos o tres desarrollos básicos.

Es importante al mismo tiempo, en este conjunto de perspectivas metodológicas, no intentar entregar una solución a las contradicciones que existen a lo largo de todo el proceso de nuestra literatura, sino más bien ponerlas en evidencia, que es lo que hace al carácter del proceso mismo.

“Abrir un capítulo —dice Domingo Miliani— que abarque desde el descubrimiento a la colonización, que incluya de algún modo los términos de las oposiciones. Entender un archisistema literario formado por dos subsistemas: el de imposición colonial y el indígena. Es otra forma posible que permite lo contrastivo. Ver lo indígena inserto en el proceso del descubrimiento a la colonización, tomando en cuenta lo que Angel Rama decía: que las literaturas indígenas de alguna manera son reformuladas o conceptuadas desde perspectivas externas, incluso con implicaciones cristianas, pero que sobreviven con un discurso distinto, y que es lo que llama el Inca Garcilaso de la Vega ‘el trueque del reinar en vasallaje’. Porque las literaturas indígenas hay que entenderlas como producto de una teocracia de dominación, con un estatuto culto propio, y que de ser literaturas aristocráticas pasan a ser literaturas dominadas. Esto solamente es posible vislumbrarlo con claridad en la medida en que se ponga en contraste, no en yuxtaposición lineal.”

El historiador de la literatura se encuentra también con problemas prácticos a resolver. Frente a la multiplicidad del movimiento histórico del que damos cuenta, a sus momentos de paralelismo, sus superposiciones, sus rupturas, se necesita también reflexionar sobre las posibilidades técnicas de la diagramación de una historia. Un tipo de solución tipográfica es señalado por José Luis Martínez:

“En determinados textos modernos existen los recuadros para alternar un relato único con una información concentrada sobre determinado tema. Esta solución tipográfica creo que es especialmente útil para estos tratamientos porque nos permite de pronto registrar un documento determinado, actas, resolución de gobernantes, visión de un personaje, declaraciones, relato de una polémica.

ca. No entra necesariamente en el relato lo que allí se consigna, sino que es una llamada de atención por separado.”

Otro tipo de solución tipográfica es la elaboración de cronologías comparativas para cada volumen, que permiten la información simultánea de datos que no necesariamente asociamos. Ambos recursos tipográficos son elementos técnicos que pueden prestar ayuda al historiador como un principio de solución a problemas de orden metodológico.

La perspectiva comparatista

La discusión en torno a la perspectiva comparatista ya había comenzado a realizarse antes de la reunión de Campinas.¹⁸ Sobre ella se habían expuesto diversos puntos de vista y nuestra opción metodológica comenzaba a definirse como la de un “comparatismo contrastivo”. ¿Por qué una metodología comparativa? Señalábamos su necesidad a partir de varias condiciones propias de la literatura latinoamericana. En primer lugar a partir de la pluralidad de unidades culturales de donde esta literatura surge y que hacen que exista no un sistema literario en América sino por lo menos dos o tres: erudito y en lenguas indígenas, o afro-americano, o créole, además de sistema popular en lenguas metropolitanas, como ya habíamos observado anteriormente. En segundo lugar, porque las diferenciaciones culturales y lingüísticas en el interior del continente —Hispanoamérica, Brasil o Caribe inglés, francés y holandés— despliegan un espectro cultural y lingüístico que presenta las condiciones necesarias a un estudio de este tipo. En tercer lugar, porque tratándose de un continente de estructura social y económica dependiente genera relaciones específicas de apropiación cultural de las literaturas metropolitanas.

El comparatismo como opción metodológica ha tenido escasa suerte en el continente. No es el caso, sin embargo, del campo de investigación propio de esta perspectiva, que consideramos más bien un ámbito privilegiado de relaciones a poner en evidencia a través de un análisis de este tipo. Ya desde los inicios de nuestra literatura, la literatura de viajes, objeto de los estudios de “imagología” propios del comparatismo se sitúa en los comienzos de nuestro discurso. Las cartas de relación, la crónica colonial, los relatos de travesía, constituyen una copiosa “literatura de viajes” que se aleja tal vez del modelo clásico —se trata de viajes de conquista— pero que pertenecen con toda evidencia al género. Hay allí un marco ideológico específico a considerar —por ejemplo Colón y su afirmación voluntarista del encuentro de las Indias Occidentales— que justamente enriquecen la textualidad y son un desafío para el análisis. La opción metodológica ha sufrido en cambio to-

¹⁸ En *Hacia una historia de la literatura latinoamericana* en publicación, ya citado, hemos consagrado un capítulo a este problema.

do el peso del análisis positivista que ha desarrollado una perspectiva colonial de modelos metropolitanos en donde nuestra literatura aparece como el mero reflejo desdibujado de producciones mayores. Del mismo modo como los análisis comparativos han experimentado alentadoras transformaciones en los últimos años con proposiciones como las de René Etiemble o con las diferentes ópticas de la recepción, pensamos que existe un campo metodológico de exploración respecto de nuestras formaciones literarias así como de las zonas literarias similares en donde las condiciones de producción textual generan fenómenos específicos. Es el caso, como señalábamos, de las literaturas surgidas en condiciones históricas de dependencia en donde la respuesta creativa a los modelos propuestos asume caracteres particulares.

1. Los posibles niveles de un análisis comparativo en América Latina¹⁹

Dado el estadio de desarrollo en que el comparatismo se encuentra en nuestro continente, dada la configuración de problemas generales de la perspectiva en los que se inserta y dadas las interrogantes planteadas por las condiciones históricas concretas de existencia de nuestra literatura, se hace imprescindible llevar la reflexión por lo menos a algunos de los problemas de base que el análisis comparativo plantea para nosotros. Intentamos considerar aquí lo relativo a la delimitación del campo, al proponer las direcciones que la configuración del desarrollo literario latinoamericano exigiría del comparatismo. Apuntamos en este sentido a tres direcciones, indicadoras de tres niveles de interacción, que aparecen como las fundamentales. Consideramos, desde luego, la posibilidad de que el desarrollo de los estudios conduzca a observar otras o a encontrar posibles temas a partir de una relectura de nuestra historia literaria en esta perspectiva. Al hacer esta proposición, dejamos de lado cualquier concepción positivista de comparación para tomar como noción operativa la de estructura literaria, inserta en una dinámica histórica.

Una de las direcciones a que apuntaremos es la que ha sido considerada como la propia del comparatismo en los estudios continentales: la relación América Latina-Europa Occidental, sobre la que nos parece necesario hacer algunas precisiones. Una segunda dirección ha sido menos tematizada como objeto de análisis, aun cuando, como señalábamos, está implícita en las proposiciones totalizantes: es la relación entre las literaturas nacionales en el interior de la América Latina. La tercera, que expondremos en primer lugar por cuanto apunta al nivel más inmediato, se genera a partir de una caracterización de la heterogeneidad de las literaturas nacionales en el ámbito continental, y nos parece fundamental para la consideración de los otros dos niveles de interacción. Una aproximación a la literatura del Continente, pensamos, no

¹⁹ Este texto forma parte de mi artículo, publicado bajo el título de "Sobre las direcciones del comparatismo en América Latina", en *Casa de las Américas*, n. 135, La Habana, 1982.

50 D. Rev. Europa Occidental

A. -- las producciones del continente

puede dejar de insertarse, en el ámbito de esta triple dinámica cuya percepción global puede permitirnos atisbar en la complejidad de nuestra historia literaria.

Al ubicar el primer nivel en donde aparece la necesidad del análisis comparativo, nos topamos con lo que ha sido la delimitación del campo de estos estudios y su relación con el status de las literaturas nacionales. En efecto, dado que el mayor desarrollo del comparatismo se ha dado en países largamente constituidos como estado-nación, la idea del internacionalismo de los estudios comparativos parecía no ofrecer duda. Su campo, entonces, es definido como "estudio de las relaciones literarias internacionales", comprendiendo allí "toda categoría de estudios literarios supranacionales".²⁰ "*Comparative literature is the study of literature beyond the confines of one particular country*", señala Henry Remak, quien aclara más adelante que se trata del estudio de autores, textos, géneros, corrientes, movimientos o periodos pertenecientes a dos o más unidades culturales y/o lingüísticas "*whether different nations or significantly different cultures within a nation*"²¹

En esta última afirmación reconocemos el problema del comparatismo tal como se percibe en la situación de la América Latina a nivel de las literaturas nacionales. La coexistencia de sistemas culturales diferentes, como es en gran parte el caso aquí, pone en cuestionamiento la noción monolítica de estado-nación, de unidad orgánica lingüística y culturalmente constituida. Ignorar esta coexistencia tiene consecuencias para el análisis en la medida en que implica utilizar un concepto de literatura (y de cultura) referido sólo a uno de estos segmentos, que en bastantes casos es el minoritario: el de las literaturas "eruditas". Es, por lo demás, el concepto que han utilizado tradicionalmente la historiografía y la crítica continentales.

Evidentemente, el caso de nuestro continente y el problema que plantea no están aislados de otras situaciones del llamado Tercer Mundo, en donde los procesos históricos han tenido etapas parecidas. Así lo señala con acierto Albert Gérard, cuyo conocimiento de las literaturas africanas le entrega la dimensión de esta específica conformación cultural, propia del área periférica:

"En effet, la décolonisation, le démantèlement des empires bâtis par l'Europe occidentale, l'accès à l'indépendance de pays nouveaux en Asie d'abord, puis en Afrique, la volonté affirmée et fréquemment suivie de maintenir les frontières arbitraires établies par le colonisateur au gré de ses caprices de leur puissance: tout ce processus a abouti en une vingtaine d'années seulement au fait que l'état plurilingue et polyethnique, encore exceptionnel il y a un quart de siècle, est devenu la norme statis-

²⁰ A. Marino, "Repenser la littérature comparée", en *Synthesis VII*, Bucarest, 1980.

²¹ Henry R. Remak, "The future of Comparative Literature" en *Actes du VIIIe Congrès de l'Association Internationale de Littérature Comparée*, Budapest, 1976, p. 436. "La literatura comparada es el estudio de la literatura más allá de los confines de un país en particular", "ya sea de diferentes naciones o de culturas significativamente diferentes dentro de una nación".

tique. Or, les problèmes d'historiographie littéraire qui se posent à lui sont fondamentalement différents de ceux qui ont préoccupé les spécialistes nationaux jusqu'à présent."²²

En el caso de la América Latina, la pluralidad ha constituido la forma de existencia de nuestra cultura desde el siglo XV por lo menos. El final de ese siglo marca el primer contacto de las culturas vernáculas con Europa. Como es sabido, la complejidad y riqueza de estas culturas es evidente, y los documentos que han llegado hasta nosotros, los que se salvan de la hoguera de los "extirpadores de idolatrías", constituyen su testimonio. No es un azar que su posterior difusión enfrente todo tipo de dificultades, hasta el punto de que algunos manuscritos vean la luz recién en nuestro siglo o se "extravíen" frecuentemente.²³ Más allá del contenido anticolonial, y por lo tanto "subversivo", de algunos textos, el problema de este silenciamiento tiene también que ver con la condición de marginación con que se asumen las literaturas vernáculas dentro del esquema de apropiación cultural relativa a una situación histórica de dependencia. Pero la producción indígena no se detiene con la conquista. Ella asume, en su supervivencia y en su desarrollo fundamentalmente oral, la expresión de una cultura que resiste la implantación de la cultura oficial: metropolitana primero, republicana luego. Estas últimas van entonces a constituir las llamadas "literaturas nacionales", que representan, en realidad, sólo el patrón literario dominante.²⁴ Esta situación, si bien no es generalizable en un mismo nivel, ni para toda la América Latina por cuanto las condiciones de evolución de la situación indígena son diferentes en cada país de la región, constituye una realidad que no puede dejar de ser considerada en una aproximación a lo que son las literaturas nacionales en nuestro continente. Es en este sentido que Antonio Cornejo Polar asume la reflexión de la literatura del Perú en términos de "la heterogeneidad esencial de una literatura

²² Albert Gerard, "Qui est-ce qu'une littérature nationale à l'aube du XXIème siècle?" en Coloque de Littérature Comparée. Ohrid, 20-26 agosto, 1981." "En efecto, la descolonización, el desmembramiento de imperios construidos por la Europa occidental, el acceso a la independencia de países nuevos primero en Asia, luego en Africa, la voluntad afirmada y frecuentemente seguida de mantener las fronteras arbitrarias establecidas por el colonizador según el capricho de su poder: todo ese proceso ha conducido en sólo una veintena de años al hecho de que el estado plurilingüe y poliétnico, aún excepcional hace un cuarto de siglo, se haya vuelto la norma estadística. Ahora bien, los problemas de historiografía literaria que se le plantean son fundamentalmente diferentes de los que han preocupado a los especialistas nacionales hasta el presente."

²³ Véase Manuel Galich, *El libro precolombino*, La Habana, Casa de las Américas, 1974.

²⁴ Rubén Bareiro Saguier, "El pensamiento indígena y la historia de las ideas". Reunión de Expertos en Historia de las Ideas, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG), 23-27 de febrero, 1976. Uno de estos casos es la *Nueva Corónica y Buen Gobierno*, del cronista indígena Felipe Guamán Poma de Ayala, que se extravió durante tres siglos, hasta aparecer en 1908 en una biblioteca de Copenhague. Hay que esperar varios años aún, hasta 1936, para que Paul Rivet publique en París la primera edición facsimilar. La primera edición paleográfica completa es publicada recién en 1944 en La Paz.

que en modo alguno puede ser más unitaria que la disgregada realidad en la que nace".²⁵ Establece así Cornejo Polar la heterogeneidad de sistemas literarios que coexisten sobre un mismo eje temporal, de distinto ritmo histórico y con diferentes posibilidades de comunicabilidad.

La situación de la pluralidad cultural entrega pues un panorama literario en donde el comparatismo desempeña una función esencial de captación de la dinámica de la recepción del universo literario indígena en el Occidental de así inde de los procesos intertextuales, de observación de los modos de producción literarios a partir de núcleos generadores, a menudo míticos o mágicos²⁶, de una textualidad, de las formas como la oralidad de una literatura (y una cultura) subvierte las estructuras de la otra. ¿Cómo las estructuras del lenguaje se "transculturaron"²⁷ por la irrupción de las estructuras propias de las lenguas indígenas. Importante tarea que permite poner en evidencia los mecanismos por medio de los cuales el lenguaje escrito, cuyo prestigio constituyó un instrumento de colonización en desmedro de quipus o keros o escritura ideográfica se ve enfrentado al imperativo de cubrir todo un proceso transmisor que en la oralidad está acompañado de teatralidad, de dimensión gestual, de un determinado fonetismo, un ritmo de locución o una estética oral. ¿Cómo entender sin ello el espesor de una escritura que debe asumir la solidez del mito o el imperativo de un discurso que traduce los signos de un universo siempre insuficientemente traducible? ¿Cómo explicar en muchos casos la colectivización del narrador o del receptor? ¿Cómo explicar sin un instrumento de este tipo la obra de José María Arguedas, de Miguel Ángel Asturias, de Augusto Roa Bastos o de Juan Rulfo?

— Pero no hay sólo las culturas indígenas como sistema diferenciado. El comparatismo en nuestro continente debe asumir ese papel que en otras latitudes se ha denominado relación entre literatura y folklore (denominación esta última que nos incomoda un poco por lo indefinido y la carga museológica del término): el estudio de los procesos intertextuales de la oralidad y el texto erudito — entre nuestras culturas populares y las eruditas como dos sistemas diferenciados —, sin lo cual parte importante de nuestros escritores reconocidos no existiría.

En el caso de las literaturas del Caribe, el problema no parece ser menor, y el análisis comparativo pone también en evidencia su necesidad. Allí, donde la cultura aborigen permeó incluso las literaturas metropolitanas, constituyendo uno de los primeros procesos de transculturación

²⁵ Antonio Cornejo Polar, *op. cit.*

²⁶ Un trabajo notable en este sentido es el reciente de Martín Lienhardt *Cultura popular andina y forma novelesca. Zorros y danzantes en la última novela de Arguedas*, Lima, Latinoamérica Editores, 1981. El autor desmonta los mecanismos textuales poniendo en evidencia el proceso de recepción de un texto de tradición milenaria, *Días y nombres de Huarochiri*, único texto popular quechua conocido de los siglos XVI y XVII y transcrito, por el mismo José María Arguedas, en su última novela.

²⁷ Véase Angel Rama: "Transculturación na narrativa latinoamericana". en *Cuadernos de Opinião* n. 2, Rio de Janeiro, 1975, págs. 71-82.

Como
trans
cultu
ra
Como
ape
reci
el
len
guaje
¿cómo
entender
sin
ello
el
espesor
de
una
escritura
que
debe
asumir
la
solidez
del
mito
o
el
imperativo
de
un
discurso
que
traduce
los
signos
de
un
universo
siempre
insuficientemente
traducible?
¿Cómo
explicar
en
muchos
casos
la
colectivización
del
narrador
o
del
receptor?
¿Cómo
explicar
sin
un
instrumento
de
este
tipo
la
obra
de
José
María
Arguedas,
de
Miguel
Ángel
Asturias,
de
Augusto
Roa
Bastos
o
de
Juan
Rulfo?

en el Nuevo Mundo²⁸, fue factor común a la región, a pesar de la desvinculación horizontal en virtud de la relación vertical con las diferentes metrópolis, el desarrollo de la cultura sometida de los esclavos que conservaban su tradición oral. La plural inmigración de "siervos por contratación" entre los siglos XIX y XX creó un panorama complejo del área. Surge de allí una diversidad literaria que se evidencia sobre todo en el siglo XX, y donde se observan sistemas diferenciados: por una parte, una literatura en lengua europea; por otra, una literatura en créole o su correspondiente anglófono. Incluso hay casos de una literatura multilingüe. Apuntan todos a temáticas bastante coincidentes, relativas ya sea a la historia de la región, a su espacio físico, al viaje —exilio o inmigración—, defensa étnica, identidad cultural, etc. El comparatismo en este caso encuentra también, como vemos, su campo en la pluralidad cultural y lingüística en el interior de las naciones.

Dentro de este panorama se inscribe la acertada reflexión de Albert Gérard²⁹ quien apunta:

"Multiplicité des ethnies, des langues et éventuellement des races; unité des thèmes, des attitudes, des préoccupations: ainsi se présente, au XXI siècle, la majorité des états d'Afrique et du monde. Pour mettre en relief cette unité et ainsi favoriser sur le plan qui nous concerne ici la cohésion de la nation —ce qui a toujours été une fonction extra-scientifique mais essentielle de la science littéraire— il va de soi que ces littératures nationales ne pourront être valablement étudiées qu'avec les méthodes translinguistiques et pluridisciplinaires du comparatisme"

Este nivel de relaciones implica también la interacción orientada en sentido contrario: la recepción por parte de la oralidad de la cultura del texto. Esta relación ha sido en general objeto de los estudios del folklore aun cuando en algunos casos la crítica literaria se haya hecho cargo de ellos. Es el caso, por ejemplo, de la "literatura de cordel" del sertón brasileño. Esta literatura popular, impresa en hojas volantes que se cuelgan en las ferias, tiene un origen importante en el texto erudito. En efecto, al lado de narraciones sobre *cangaceiros* o historia contemporánea, ellas narran episodios de cantares de gesta franceses tales como la muerte de Rolando, episodios del Rey Arturo y los Caballeros de la Mesa Redonda. Estos últimos provienen de un libro llamado *Historia do Imperador Carlo Magno e dos Doze Pares de França Seguida da de Ber-*

²⁸ Véase Emilio Jorge Rodríguez, "Pluralidad e integración en la literatura caribeña", en *Universidad de La Habana*, n. 212, La Habana, enero-diciembre de 1980.

²⁹ Albert Gérard, *op. cit.* en n. 11, págs. 8-9. ("Multiplicidad de etnias, de lenguas y eventualmente de razas: unidad de temas, de actitudes, de preocupaciones: así se presentará, en el siglo XXI, la mayoría de los estados de África y del mundo. Para poner de relieve esta unidad y así favorecer en el plano que nos concierne aquí la cohesión de la nación —lo que ha sido siempre una función extracientífica pero esencial de la ciencia literaria—, es obvio que esas literaturas nacionales no podrán ser estudiadas de manera válida más que con los métodos traslingüísticos y multidisciplinarios del comparatismo")

nardo del Carpio que Venceu en Batalha aos Doze Pares de França (Rio, Livraria Imperio, s.d.). Se trata, al parecer, de un texto que circuló profusamente en el sertón y era leído en voz alta hasta 1888. Luego los episodios narrados oralmente tomaron la forma de poemas.³⁰ Hoy comienzan a integrarse a la literatura brasileña erudita.

Este primer nivel de interacción exige pues del instrumento metodológico propio del comparatismo para la comprensión de los fenómenos en el interior de las literaturas nacionales. El interés del método desborda el campo específico de lo literario, sin embargo, para aproximarnos a conclusiones en relación con un problema que obsesiona a la literatura del Continente: el de la "identidad". Es cierto que la vaguedad con que ha sido utilizado este término no lo ha llevado a constituirse en concepto operativo para el análisis. Podrá serlo sólo en la medida en que se asiente en un análisis concreto de las situaciones concretas: en la tematización conceptual de una articulación de parámetros que están presentes (no que "se buscan" como si no existieran) en todos los ámbitos de la vida cotidiana, y en nuestro caso en los textos mismos y sus relaciones, y que es necesario aprehender conceptualmente a través de un instrumento válido.

La primera dirección del comparatismo, pues, nos conduce a configurar un ámbito que a su vez permite diseñar un segundo nivel de interacción, esta vez entre las literaturas nacionales de los diferentes países del área latinoamericana.

Al situarnos en este nivel, el problema inmediato que enfrentamos es el de la delimitación del área, o los criterios de su delimitación. Respecto de esto la discusión es larga, y se han utilizado a este propósito preferentemente criterios geográficos o lingüísticos. Queda por ver hasta qué punto pueden ser operativos criterios histórico-políticos o culturales, y en esta medida intentar una respuesta al problema de la articulación o no del Caribe con el resto de lo que se ha considerado América Latina.

Decíamos anteriormente que el hablar de "literatura latinoamericana" implica un paso comparativo previo. Superando las barreras nacionales —y sin dejar de concebir a estas literaturas en la dinámica interna a la que hemos apuntado más arriba—, o superando las barreras lingüísticas, el análisis comparativo propone aquí un ámbito que no ofrece discusión. Sin embargo, lograr la articulación, a nivel continental, de los elementos que relacionan, en dinámica múltiple de convergencia o contradicción, las diferentes literaturas nacionales, no constituye un reto fácil de resolver. Los problemas enfrentados en este sentido por la historiografía han sido, en primer lugar, el de la oposición entre la imagen unitaria (en la pluralidad) o no unitaria del Continente. Su delimitación en términos de adscripción a la literatura española (Marcelino Menéndez y Pelayo), o su independencia como *corpus*. Una

³⁰ Véase Walnice Galvão, "Fiction moderne et représentation médiévale: un cas", en *Idéologies, littérature et société en Amérique Latine*, Coloquio de Royumont, Francia, Bruselas, 1975, págs. 81-82.

D... los
lit.
noe.

vez resueitas estas etapas, el problema ha consistido en cómo enfrentar el concepto unificador, y con cuáles criterios. Es en este sentido que se han aplicado para lo literario criterios de organización histórica, criterios de delimitación geográfica o criterios lingüísticos. De ellos parecen haber resultado dos formas de reduccionismo: por una parte, la que propone un concepto de literatura latinoamericana como sumatoria o adición de las distintas literaturas nacionales; por otra, la que utiliza el concepto de latinoamericanidad como una especie de entelequia en donde la generalización y la idealización se abstraen de todo análisis histórico concreto que permita observar las diferenciaciones nacionales o regionales. El problema en este sentido parece apuntar a la construcción, a partir del análisis histórico-literario concreto, de los modelos organizativos que permitan dar cuenta de la dinámica de la unidad en la pluralidad y en este sentido de los procesos de estructuración, desestructuración y reestructuración del discurso literario en el movimiento de la historia desde donde emerge. Desde luego que estas articulaciones superan largamente el concepto de "influencia", sobre el que volveremos, para evidenciar estructuras y funciones puestas en relación. En este sentido, la perspectiva comparatista tendrá la posibilidad de iluminar sobre la diferenciación que históricamente se ha ido generando en los desarrollos nacionales o regionales, así como en una perspectiva histórico-estructural de ellos podrá encontrar un patrón que estará necesariamente asentado, como lo ha puesto en evidencia la ciencia social latinoamericana, en las etapas de colonialismo y posterior dependencia que han generado una formación histórica común y, como señalábamos, de rasgos específicos.

Vale la pena observar en todo caso, respecto de esta articulación de la que hablamos, que el problema general de la historiografía y de la crítica ha consistido en dejar de lado al Brasil, por un desconocimiento que desde hace pocos años se comienza a remediar, así como a las literaturas francófonas del Caribe y al Caribe no hispanoparlante en general, siempre contiguo a la latinoamericanidad, aun cuando no se haya resuelto la interrogante sobre la delimitación a que aludíamos.

En este sentido, una perspectiva comparatista que logre articular las literaturas nacionales en las dimensiones de un sistema continental cuyo asiento y explicación se irá a encontrar en los parámetros históricos locales, y su inserción orgánica en la globalidad de la región, puede darnos cuenta de una dinámica histórica literaria de conjunto que pondrá en evidencia no sólo la riqueza del *corpus* sino también los parámetros que puedan ayudar a construir el diseño teórico de nuestra literatura continental. Insistiendo en la necesidad del comparatismo, señala al respecto, en uno de los escasos artículos que sobre la materia existen en el Continente, Alberto Dessau:

"Hay que tener en cuenta que, tomando como base el desarrollo histórico diferenciado de los países latinoamericanos, es necesario aplicar los métodos comparativos al estudio "interno" de la literatura latinoamericana para analizar toda su profundidad y riqueza, que tienden a

desaparecer en muchos trabajos tras generalizaciones demasiado abstractas que descuidan precisamente la unidad cada vez más diferenciada, característica de la literatura latinoamericana. Una investigación de ese tipo depende, todavía más que la de las literaturas nacionales europeas y sus relaciones, de la aplicación de métodos comparativos."³¹

La tercera dirección que debe tomar el análisis comparativo se da en el nivel de las relaciones entre la literatura latinoamericana y las literaturas no pertenecientes al área del subcontinente.

En primer lugar, nos parece importante destacar las relaciones que históricamente han tenido un peso mayor y que dentro del ámbito crítico han sido las más directamente percibidas: se trata de las establecidas con las metrópolis europeas primero, y con Norteamérica sobre todo en nuestro siglo. Como sabemos, en las primeras se trata más que nada, para el ámbito continental, de las relaciones con España y Portugal, que a fines del siglo XIX son desplazadas por Francia. Es respecto de esta relación que surge la noción de "modelo" metropolitano, dadas las formas de relación cultural surgidas a partir del lazo colonial, que en la contradictoria situación republicana — "La colonia continuó viviendo en la república", dice Martí — sólo desplazan el polo de sujeción hacia Francia. La noción de modelo implica el concepto de "influencia", con toda la carga semántica de viaje en sentido único, imitación o sumisión³² que éste conlleva, y que ha generado para nosotros una instrumentación muy determinista y colonial de comparatismo.³³ Pensamos al respecto que no constituye en todo caso un concepto operativo. Es por esto que dada nuestra conformación histórico-social, pensamos que el análisis comparativo en nuestro caso debería orientarse a formas de relación estructurales y concretamente a las formas de apropiación³⁴ que un continente de formación económica dependiente genera en su recepción de las literaturas metropolitanas. Se trata de formas de apropiación en donde, como señala Angel Rama, se asume a estas literaturas como paradigma a la vez que se origina una visión simétrica e inversa de las tradiciones propias, que por momentos se reivindica en términos beligerantes. Existe pues, en este nivel, una relación problemática que va a caracterizarse por un movimiento permanente de oscilación entre uno y otro polo. Es la "diálectica del localismo e del cosmopolitismo" que se constituye, para Antonio Cándido³⁵ en la ley de evolución de la vida espiritual del Brasil, y en la que creemos poder entender al proceso latinoamericano general.

³¹ Alberto Dessau, "La investigación de la literatura latinoamericana y los métodos comparativos, en *Casa de las Américas*, XIX, n. 82, La Habana, 1974.

³² Véase Noé Jitrik, "Le vécu, le théorique, la coincidence. Esquisse sur les rapports entre deux littératures", en *Lendemains*, n. 27, Berlín, 1982.

³³ Véase Roberto Fernández Retamar, *Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones*, La Habana, 1975. págs. 65-67.

³⁴ Véase Angel Rama, *op. cit.*, en n. 20.

³⁵ Antonio Cándido, "Literatura e cultura de 1900 a 1945", en *Literatura e sociedade*, São Paulo, 1980.

vez resueitas estas etapas, el problema ha consistido en cómo enfrentar el concepto unificador, y con cuáles criterios. Es en este sentido que se han aplicado para lo literario criterios de organización histórica, criterios de delimitación geográfica o criterios lingüísticos. De ellos parecen haber resultado dos formas de reduccionismo: por una parte, la que propone un concepto de literatura latinoamericana como sumatoria o adición de las distintas literaturas nacionales; por otra, la que utiliza el concepto de latinoamericanidad como una especie de entelequia en donde la generalización y la idealización se abstraen de todo análisis histórico concreto que permita observar las diferenciaciones nacionales o regionales. El problema en este sentido parece apuntar a la construcción, a partir del análisis histórico-literario concreto, de los modelos organizativos que permitan dar cuenta de la dinámica de la unidad en la pluralidad y en este sentido de los procesos de estructuración, desestructuración y reestructuración del discurso literario en el movimiento de la historia desde donde emerge. Desde luego que estas articulaciones superan largamente el concepto de "influencia", sobre el que volveremos, para evidenciar estructuras y funciones puestas en relación. En este sentido, la perspectiva comparatista tendrá la posibilidad de iluminar sobre la diferenciación que históricamente se ha ido generando en los desarrollos nacionales o regionales, así como en una perspectiva histórico-estructural de ellos podrá encontrar un patrón que estará necesariamente asentado, como lo ha puesto en evidencia la ciencia social latinoamericana, en las etapas de colonialismo y posterior dependencia que han generado una formación histórica común y, como señalábamos, de rasgos específicos.

Vale la pena observar en todo caso, respecto de esta articulación de la que hablamos, que el problema general de la historiografía y de la crítica ha consistido en dejar de lado al Brasil, por un desconocimiento que desde hace pocos años se comienza a remediar, así como a las literaturas francófonas del Caribe y al Caribe no hispanoparlante en general, siempre contiguo a la latinoamericanidad, aun cuando no se haya resuelto la interrogante sobre la delimitación a que aludíamos.

En este sentido, una perspectiva comparatista que logre articular las literaturas nacionales en las dimensiones de un sistema continental cuyo asiento y explicación se irá a encontrar en los parámetros históricos locales, y su inserción orgánica en la globalidad de la región, puede darnos cuenta de una dinámica histórica literaria de conjunto que pondrá en evidencia no sólo la riqueza del *corpus* sino también los parámetros que puedan ayudar a construir el diseño teórico de nuestra literatura continental. Insistiendo en la necesidad del comparatismo, señala al respecto, en uno de los escasos artículos que sobre la materia existen en el Continente, Alberto Dessau:

"Hay que tener en cuenta que, tomando como base el desarrollo histórico diferenciado de los países latinoamericanos, es necesario aplicar los métodos comparativos al estudio "interno" de la literatura latinoamericana para analizar toda su profundidad y riqueza, que tienden a

desaparecer en muchos trabajos tras generalizaciones demasiado abstractas que descuidan precisamente la unidad cada vez más diferenciada, característica de la literatura latinoamericana. Una investigación de ese tipo depende, todavía más que la de las literaturas nacionales europeas y sus relaciones, de la aplicación de métodos comparativos."³¹

La tercera dirección que debe tomar el análisis comparativo se da en el nivel de las relaciones entre la literatura latinoamericana y las literaturas no pertenecientes al área del subcontinente.

En primer lugar, nos parece importante destacar las relaciones que históricamente han tenido un peso mayor y que dentro del ámbito crítico han sido las más directamente percibidas: se trata de las establecidas con las metrópolis europeas primero, y con Norteamérica sobre todo en nuestro siglo. Como sabemos, en las primeras se trata más que nada, para el ámbito continental, de las relaciones con España y Portugal, que a fines del siglo XIX son desplazadas por Francia. Es respecto de esta relación que surge la noción de "modelo" metropolitano, dadas las formas de relación cultural surgidas a partir del lazo colonial, que en la contradictoria situación republicana — "La colonia continuó viviendo en la república", dice Martí — sólo desplazan el polo de sujeción hacia Francia. La noción de modelo implica el concepto de "influencia", con toda la carga semántica de viaje en sentido único, imitación o sumisión³² que éste conlleva, y que ha generado para nosotros una instrumentación muy determinista y colonial de comparatismo.³³ Pensamos al respecto que no constituye en todo caso un concepto operativo. Es por esto que dada nuestra conformación histórico-social, pensamos que el análisis comparativo en nuestro caso debería orientarse a formas de relación estructurales y concretamente a las formas de apropiación³⁴ que un continente de formación económica dependiente genera en su recepción de las literaturas metropolitanas. Se trata de formas de apropiación en donde, como señala Angel Rama, se asume a estas literaturas como paradigma a la vez que se origina una visión simétrica e inversa de las tradiciones propias, que por momentos se reivindica en términos beligerantes. Existe pues, en este nivel, una relación problemática que va a caracterizarse por un movimiento permanente de oscilación entre uno y otro polo. Es la "diálectica del localismo e del cosmopolitismo" que se constituye, para Antonio Cándido³⁵ en la ley de evolución de la vida espiritual del Brasil, y en la que creemos poder entender al proceso latinoamericano general.

³¹ Alberto Dessau, "La investigación de la literatura latinoamericana y los métodos comparativos, en *Casa de las Américas*, XIX, n. 82, La Habana, 1974.

³² Véase Noé Jitrik, "Le vécu, le théorique, la coincidence. Esquisse sur les rapports entre deux littératures", en *Lendemains*, n. 27, Berlin, 1982.

³³ Véase Roberto Fernández Retamar, *Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones*, La Habana, 1975. págs. 65-67.

³⁴ Véase Angel Rama, *op. cit.*, en n. 20.

³⁵ Antonio Cándido, "Literatura e cultura de 1900 a 1945", en *Literatura e sociedade*, São Paulo, 1980.

Las formas de apropiación de las literaturas metropolitanas observan una variabilidad que tiene que ver con la evolución histórica de las relaciones del continente con el exterior. Existe, por ejemplo, una permanente diacronía³⁶ en la recepción de movimientos y escuelas literarias venidas desde Europa en el momento de su surgimiento, lo que condiciona de algún modo el estadio en que su desarrollo es integrado para su posterior reformulación en la cultura continental. Por otra parte, y cuando su carácter es de injerto en el espacio de esta literatura que lleva una evolución diferente, la relación determina una diferenciación posterior de la evolución en términos de ritmo de desarrollo. Y para traer un elemento más a esta posibilidad de caracterizar formas de apropiación que varían de acuerdo con el desarrollo histórico, vale la pena señalar el descentramiento de las ideas en comparación con su uso europeo, que señala Roberto Schwartz para el caso brasileño:

"A lo largo de su reproducción social, de manera incansable, el Brasil sitúa y vuelve a situar las ideas europeas siempre en un sentido impropio. En tal calidad serán materia y problema para la literatura. El escritor puede no saber nada: no tiene necesidad para utilizarlas; pero, sólo logra una resonancia justa y profunda cuando siente, registra y desarrolla —o bien evita— su descentramiento y su disonancia."³⁷

Ahora bien, una aproximación a los textos de la literatura continental nos remite a otras zonas importantes en donde es posible percibir formas de relación iluminadoras. Tal es el caso, por ejemplo, de las literaturas populares africanas, en donde la estructuración del lenguaje subvierte al español, el portugués o el francés propios de las zonas literarias de tradición afroamericana: el Caribe y la costa atlántica, llevándolos hasta la explosión y la jitanjáfora.

Pero el fenómeno no se da en absoluto en sentido único, y el comparatismo encuentra también en esta dirección el impacto del desarrollo literario latinoamericano en áreas que pueden reconocerse en un próximo proceso cultural surgido de un común desarrollo histórico-social. Se trata en este caso, y para dar ejemplos muy cercanos en el tiempo, de la recepción que hacen las literaturas africanas de las nuestras, en el marco de un común reconocimiento de formas propias del Tercer Mundo de percepción de la vida: es el caso general de Franz Fanon y Aimé Césaire, el caso de Nicolás Guillén en Agostinho Neto, y, como ha sido recientemente puesto en evidencia, de Alejo Carpentier y Gabriel García Márquez en el novelista congolés Sony Labou Tansi y su novela *La vie et demie* (1979).³⁸ Nos encontramos en la época como dijo Roberto

³⁶ Véase Noé Jitrik, *op. cit.*, en n. 23.

³⁷ Roberto Schwartz, "Dependencia nacional, desplazamiento de ideologías, literatura: sobre la cultura brasileña en el siglo XIX", en *Casa de las Américas*, n. 81, La Habana, noviembre-diciembre de 1973.

³⁸ Daniel-Henri Pageaux, "García Márquez en français: de la traduction au modèle", *Lendemain*, n. 27, Berlín, 1982.

Fernández Retamar, del "retorno de los barcos negreros".³⁹

Referirnos al proceso de recepción de la novela latinoamericana actual fuera del Continente es un tema digno de un trabajo aparte.

Es así como podemos observar que las direcciones de los procesos culturales no son únicas, que si en etapas de la historia y por el peso de la situación ellas se constituyen en determinantes, esta determinación está en todo caso deferencialmente condicionada en relación con los segmentos del sistema literario global ya que los procesos de relación son, sobre todo, dialécticos. En esta medida el comparatismo ya no puede asumir su viejo carácter de pesquisa determinista en donde, como dice Albert Gérard "(le) comparatisme officiel et académique [...] se consacrait surtout à scruter et documenter l'influence de sa littérature nationale sur les littératures étrangères ou encore à étudier l'image que donnent de son peuple les littératures des peuples étrangers"⁴⁰ sino que debe asumir la tarea de puesta en evidencia de los complejos procesos de resemantización que un continente como el nuestro ofrece, por razones obvias, de manera tan abierta a partir de la pluralidad de los procesos transculturales. En esta medida, la aproximación intertextual no podrá sino conducir a la observación de la riqueza del proceso, de la asimilación creadora de elementos, "antropofagia" cultural⁴¹ de distinta medida que constituye un sustrato cada vez más decantado. La función del comparatismo en este caso tiene la doble posibilidad de ayudarnos, por una parte, a comprender procesos de identidad, y por otra a ubicarnos en el espacio que a nuestra literatura le corresponde en el ámbito de la literatura universal, a contribuir a construir el campo de lo que Etiemble llamó la literatura verdaderamente general. Así, al surgir, como una necesidad de la compleja configuración de nuestros sistemas literarios, se podrá transformar el signo de lo que ha sido su instrumentación en el Continente, para dar paso a un conocimiento real de nosotros mismos, así como de nuestras formas de relación con las literaturas del mundo.

2. La discusión historiográfico comparativa

El grupo de discusión de historiografía literaria realizó permanentemente una reflexión en torno al carácter de nuestro enfoque metodológico. De allí surgió por ejemplo la noción de "comparatismo contrastivo", al que nos referimos en el primer artículo de este volumen. El senti-

³⁹ Roberto Fernández Retamar, "Para el perfil definitivo del hombre" en *Calibán y otros ensayos*, La Habana, Casa de las Américas, 1979, pág. 284.

⁴⁰ Albert Gérard, *op. cit.*, en n. 11, "[el] comparatismo oficial y académico [...] se consagra sobre todo a escrutar y documentar la influencia de su literatura nacional sobre las literaturas extranjeras o incluso a estudiar la imagen que dan de su pueblo las literaturas de pueblos extranjeros".

⁴¹ En este sentido se lleva a cabo el proyecto de análisis comparativo "Léryy-Assu", dirigido por Leyla Perrone en la Universidad de San Pablo, que intenta desmontar los procesos intertextuales entre las literaturas francesa y brasileña del siglo XIX.

do de nuestro comparatismo es no dirigir solamente la observación a los fenómenos analógicos, sino establecer la importancia de las diferencias. Armand Nivelles habla de análisis contrastivo en los siguientes términos:

“La descripción de una forma nacional es ciertamente sólo posible en un contexto supranacional que mediante un *análisis contrastivo* pueda dar el fundamento para su identificación.⁴²”

Para nosotros la noción de comparatismo contrastivo va más allá: acentuando el carácter de contraste de la comparación, apunta a deslindar el proceso de respuesta creativa que nuestras literaturas entregan a modelos literarios —obras o movimientos— a los que están ligados, pero en donde lo importante es más la deformación del modelo que su relación de continuidad con él. Por otra parte, la contrastividad del análisis apunta también a los fenómenos de unidad en la diversidad propios de las literaturas continentales, así como a la puesta en evidencia por cuanto no están resueltos los procesos de contradicción presentes en ellas.

“Yo creo que el problema de dominación y recesión —dice Domingo Miliani— de que habla Antonio Cándido en su exposición, es un rasgo común de toda América Latina y no es privativo del Brasil. Yo tengo un concepto de europeización que tiene que ver precisamente con ese término. Son literaturas de patrones europeizados pero al mismo tiempo de tipo contrastivo. El contraste se establece entre las literaturas latinoamericanas y las europeas, pero también internamente entre las literaturas de América Latina. Y precisamente lo que él considera el tercer factor de caracterización de la literatura brasileña es el más fecundo de los elementos contrastivos comunes a toda América Latina: la tendencia a deformar las corrientes europeas. Podríamos aplicar casi el concepto bajtiniano de carnavalización de nuestra literatura respecto a las grandes líneas europeas.”

La opinión de Angel Rama al respecto va en el mismo sentido:

“No hay contradicción, lo que hay es transmutación, transformación. Por ejemplo el simbolismo americano es uno de los casos en donde se imitó más directamente. Pero el simbolismo americano no se parece al simbolismo europeo, es absolutamente diferente. Usamos el término porque ellos utilizaron de maestros a los simbolistas europeos. Aquí yo recuerdo siempre la frase de Alfonso Reyes, al decir que era ‘independencia involuntaria’. Efectivamente, quieren hacerlo y no pueden. Se proponen imitar directamente el modelo europeo: les sale otra cosa.”

⁴² Armand Nivelles, “¿Para qué sirve la literatura comparada?”, en Manfred Schmelting, *Teoría y Praxis de la literatura comparada*, Barcelona, 1984.

Añade Antonio Cándido:

“Eso es lo fecundo y esa es la característica americana: deformar la influencia europea”.

Hay, por otra parte, situaciones de contradicción que también parecerían marcar una especificidad de nuestra evolución histórico-literaria. En efecto, nuestras apropiaciones literarias y culturales provienen de distintos aspectos de un movimiento europeo, en diferentes momentos de los movimientos en relación y sucede entonces que llevamos a cabo apropiaciones en diferentes momentos de la evolución de un movimiento europeo haciéndolos coexistir en el nuevo fenómeno. Sucede también que absorbemos paralelamente dos tendencias que en su desarrollo original surgieron en sucesión e incluso en contradicción. Es importante en la percepción historiográfica poner en evidencia este juego de evoluciones.

“En los años veinte —dice Antonio Cándido— va a llegar un regionalismo con conciencia social, que es diferente al anterior: *Raza de bronce* del boliviano Alcides Arguedas. En Brasil, a partir de la novela nordestina, hacia 1928. Entonces, de un regionalismo exótico y particularista se pasa a un regionalismo particular y de crítica social, y después a un regionalismo que ya no es particular, es universal con João Guimarães Rosa por ejemplo. Sería preciso encontrar términos que describiesen los conceptos desde nuestra posición —que ya fue discutida en Caracas— haciendo sensible la contradicción. Tenemos romanticismo a comienzos del siglo XIX, tenemos también restos de neoclasicismo. En América Latina lo barroco no acaba, está en José Lezama Lima. Nosotros necesitamos tal vez descubrir un concepto, un término para mostrar que no estamos diciendo que Rubén Darío, que el uruguayo Julio Herrera y Reissig son los representantes auténticos de aquel momento. Pueden ser los mejores, pero también los criollistas, los regionalistas pintorescos están ahí e integran la literatura. Y una cosa se opone a la otra, se opone aparentemente. Es la conciencia del ocupante y del ocupado, que tenemos simultáneamente. Entonces yo siento la contradicción en América. Hay cosmopolitismo y hay nacionalismo, pero lo más importante es que ese cosmopolitismo coexiste con ese nacionalismo.”

Es importante en este sentido el estudio de las formas de apropiación, que ponen en evidencia tanto la transformación creadora como la línea de prolongación de los fenómenos que se constituyen en modelos, ya se trate de literaturas metropolitanas como de otras literaturas, como la rusa, o la nórdica por ejemplo en el siglo XX. Es en la respuesta al modelo, como señalábamos anteriormente, en donde surge el rasgo creativo; en la transformación, en el descentramiento, en la carnavalización es donde se manifiesta la fecundidad de nuestro quehacer litera-

rio. El trabajo de Antonio Cándido incluido en el presente volumen ilustra esta situación. En relación con esto mismo anota José Luis Martínez:

"Ayer explicaba Antonio Cándido la existencia de un teatro de evangelización brasileño que yo desconocía. Un teatro con los mismos esquemas que el que existe en México y en otros lugares de Hispanoamérica simultáneamente. Es un teatro en el que se utilizan elementos indígenas, elementos populares, y con una particularidad: el diablo habla en lengua indígena. Ya Jacques Soustelle ha hecho notar que la palabra "diablo" no existía en las lenguas indígenas de México, y que entonces, cuando se referían al diablo le llamaban así aun en textos en lenguas indígenas. En Bernardino de Sahagún aparece así, intercalado entre el náhuatl. Luego, en esta mención de literaturas populares yo pienso en una corriente de México que recuerda a la historia europea, pero de una manera deformada. En Jalisco escuché cuando pequeño lo siguiente:

"Soy el feroz Carlomango
Hombre de mucha pujanza
Que al mismo tiempo manija
Sable, carábina y lanza."

Para los efectos de la aproximación comparativa se hace necesario hacer algunas precisiones sobre el carácter de los discursos. Históricamente es cierto que la literatura latinoamericana ha llegado a constituirse en un discurso relativamente homogéneo —en su diversificación— e integrador. Pero el discurso de la literatura es un discurso que se superpone al político, al económico o al social, que no siempre observan aproximaciones. La unidad latinoamericana es un proyecto político que viene del siglo pasado, no una realidad histórica. En este sentido es necesario reconocer que al hacer comparatismo estamos jugando sobre dos líneas de reflexión: una que es histórica, y que se refiere a los contactos que efectivamente se realizaron, las relaciones que históricamente dan. La segunda línea es más bien estructural, y apunta a aprehender un esquema orgánico de relaciones que bajo circunstancias relativamente similares entregan productos literarios asimilables. Esto tiene que ver en términos metodológicos más con un procedimiento de síntesis.

En la medida en que no se encuentran contactos históricos reales se consideró en la reflexión historiográfica comparativa la perspectiva de "columnas paralelas". Es decir, para las relaciones de las literaturas latinoamericanas internamente existen desarrollos en muchos casos asimilables, pero también divergentes. La labor del investigador en este campo sería más bien el establecimiento de las "columnas" en donde se sitúan las literaturas en paralelo. La labor propiamente comparativa no la desarrolla en estos casos el crítico, la desarrolla el lector. Dice Angel Rama:

"Intentar el comparatismo, incluso desde un punto de vista práctico me parece que es lo más difícil de este proyecto. Tengo a veces la sensación, cada vez que trato de visualizarlo, de que lo que vamos a hacer es como columnas paralelas, que vamos a tratar de edificar columnas paralelas, salvo en los casos en los cuales podemos nítidamente reconocer que el centro está en determinado lugar. Estamos construyendo un discurso, el discurso es nuestro, no es la realidad de la historia. La fecundación es extraordinariamente escasa. Yo creo que existió y creo que es importante. João Gruz e Sousa lo leyó a Rubén Darío y lo leyeron los modernistas de Buenos Aires, y para ellos fue importante. Es decir que aunque no haya sido examinado es un caso en el cual hay influencia. Se pueden buscar algunas: pocas, realmente pocas. Lo que yo creo que estamos construyendo nosotros es un discurso por coetaneidad, por semejanza de movimientos, y sobre todo creo por influencia de las escuelas europeas, eso me parece que no puede negarse. Esa es la situación real. El barroco que tenemos toma características especiales dentro de América sin duda, y esas características especiales hacen lo propio de éste dentro del contexto de barroco mundial. Es uno de los últimos movimientos mundiales."

La primera línea de desarrollo comparatista que podemos observar en el análisis es entonces una línea historicista, de relaciones de hecho. Pero de ésta se pasa inmediatamente a la segunda: más allá de la perspectiva histórica concreta el esfuerzo comparativo tendría que ver con una proposición de síntesis. Síntesis de fenómenos que, dada la evolución de parámetros comunes de nuestras sociedades, genera manifestaciones asimilables o asociables. Se trata ya de relaciones histórico-estructurales. Observa Domingo Miliani:

"La literatura de cordel y el corrido ilustrado de México tienen rasgos comunes, como es la pervivencia de la juglaría en el caso latinoamericano. Tienen un parentesco de forma, de comunicación o de difusión. Las modalidades de la comunicación, del mensaje literario hacia la masa que lo recibe es semejante: es literatura escrita para ser hablada, para ser leída en voz alta y al mismo tiempo para ser difundida masivamente bajo la forma de venta en los mercados populares. El cordel está escrito en octosílabos romanceados bajo forma asonantada. El corrido es forma octosilábica romanceada asonantada. Hay una gran cantidad de elementos comunes."

En el nivel de sistema literario erudito estas manifestaciones asimilables se dan a partir de efectos de lo que se llamó un "polo externo", la acción de un agente frente al cual las diferentes literaturas elaboran una respuesta asociable.

"Es difícil —dice Angel Rama— hacer una estimación de qué es lo importante en literaturas que, como la brasileña y la hispanoamericana, no están comunicadas. No hay duda alguna de que la coronación de la novela en el siglo XIX es Joaquim Machado de Assis. Sobre eso no tenemos ningún problema: podemos hacer rotar en torno a Machado de Assis toda consideración sobre la novela en el siglo XIX. En otros casos creo que es muy difícil: concretamente en el período de fin de siglo, porque creo que son igualmente importantes los desarrollos de los dos bloques. Casi hablaría de paralelismo, movilizándolo la idea de la acción de un polo externo sobre el conjunto de literaturas, que se ejerce tanto sobre una como sobre otras, lo que hace la contemporaneidad de ciertas escuelas o ciertos movimientos. En cuanto a la literatura colonial en cambio es visiblemente más central la que se produce en México o en el Perú, que la que se produce equivalentemente en el Brasil. Hay momentos en que se puede establecer, yo diría que desde la modernización para acá hay situaciones paralelas y me sentiría con dificultad para establecer el centro. Estamos fatalmente en la organización por corrientes literarias y entonces hay ciertas equivalencias. Yo creo que las equivalencias se dan más que nada por la presencia del polo externo y por la respuesta que a ese polo se da dentro de América. Me parece que en cierto sentido el efecto final es expansión de las literaturas europeas y respuesta a ellas por procesos de adaptación y *aggiornamento*. Creo que ese podría ser el criterio general a mantener."

La relación en paralelo a través del polo externo tiene muchas veces concreción histórica. Es el caso de los encuentros, de los contactos personales, como la relación que establecen por ejemplo los escritores de las Antillas a través de París, desde donde aprecian, curiosamente, el Renacimiento de Harlem e incluso con algunos escritores africanos en el caso de las revistas reivindicativas de la negritud. "Fanon —apunta Angel Rama— se hace africano en París, y a su vez el pensamiento de Fanon revierte sobre la descolonización latinoamericana." Pero, más allá del contacto histórico concreto, la metrópoli cultural y literaria genera un clima, se constituye en un centro de discusión, de ebullición de ideas y proyectos, de vivencia estética, de todo un condicionamiento comunicante. Vicente Huidobro, Jorge Luis Borges, Oswald de Andrade viven independientemente el momento de vanguardia y asumen en conjunto —con diferencias desde luego— la respuesta a él en términos de subversión del discurso posmodernista hispanoamericano o simbolista y parnasiano en Brasil.

Estas situaciones paralelas de los procesos literarios de América Latina encuentran muchas veces desde una perspectiva histórica momentos de aglutinamiento que constituyen núcleos especialmente estimulantes del quehacer creativo de la literatura. Es lo que Antonio Cándido llama las *coalescencias*.

"Existe la idea —dice Antonio Cándido— de que no podemos abarcarlo todo y necesitamos hacer muestras selectivas. Si se va a tratar el Barroco, se puede tratar el Barroco en México y el Perú. Si se va a tratar el costumbrismo se trata a Venezuela y Colombia. Por eso tenemos que determinar cuáles son esas muestras. Angel Rama habló del paralelismo, existen también lo que podríamos llamar *áreas de coalescencias*⁴³, conjuntos de producción literaria supranacional. ¿No sería posible hacer un tratamiento doble, en paralelo, pero insertando cuando fuese posible las áreas de coalescencia? Sería un gran progreso.

Yo estoy viendo un capítulo sobre las metrópolis literarias como un capítulo clave. Estoy pensando en las coalescencias. Nosotros discutimos mucho en un momento el problema de hacer estas presentaciones mostrando la presentación común, panorámica. En este caso es preciso realmente partes introductorias en que se muestren las sincronías, las afinidades, las divergencias antes de comenzar los grandes movimientos. Aquí es fundamental: Río de Janeiro, Buenos Aires, Lima, México, San Pablo forman sistemas. Antes, en la colonia, tenemos las metrópolis que están afuera, con esto estamos constituyendo las metrópolis literarias aquí. En el primer período están México, Lima. En el segundo, hay sustitución de las metrópolis: la influencia francesa, la influencia italiana. Ahora en esta parte es la creación de las grandes metrópolis literarias: México, Lima, Buenos Aires comienzan a ser creadoras. Oswald de Andrade, Borges, Huidobro son influencias europeas. Carlos Drummond de Andrade es San Pablo, Río de Janeiro. Es el momento de la urbanización en que los modelos literarios se desplazan, las ciudades de América se consideran como metrópolis literarias. Es lo que sucede con la poesía urbana inicial de las vanguardias brasileñas, pero después, a partir de las vanguardias mayores, las metrópolis eran para ellos las metrópolis de su país. La ciudad de Buenos Aires, a partir de cierto momento, puede ser centro de alimentación.

Estaba pensando algo más, estaba pensando en las coalescencias. Estaba pensando en un capítulo sobre las nuevas metrópolis literarias, en una visión comparativa y contrastiva sobre las nuevas metrópolis literarias. En la generación de mi padre un argentino, un uruguayo, un brasileño, un peruano decía así: "Todo latinoamericano tiene dos patrias: la suya y Francia". Y esto no es posible desde comienzos de siglo. Un argentino diría entonces así: "Todo latinoamericano tiene dos patrias: la suya y México." Era la Revolución Mexicana y hay un cambio de mentalidad total. Lo que pasa es que la metrópoli creadora ya no es París, ya no es Roma. Primero habían sido Madrid y Lisboa, luego tenemos Londres, París sobre todo y Roma. Ahora finalmente —ya no exclusivamente, pero hay una predominancia— tenemos San

⁴³ La bastardilla es mía. A.P.

Pablo, Río de Janeiro, Caracas, Bogotá, Lima. Hay una transformación. Un joven argentino de la generación sucesiva a la de Borges ya podría tal vez decir que su metrópoli es Buenos Aires.

Un capítulo así muestra la creación de los núcleos americanos de producción literaria, pero la creación de su propia tradición a partir de ahí. Pienso también en el intercambio eventual entre esas metrópolis con todo lo que eso implica: correspondencia, revistas, es el capítulo que amarra nuestro problema de las coalescencias. Estoy hablando en el sentido del manejo de los instrumentos de cultura, de las inspiraciones estéticas que son buscadas, no importa la corriente: revistas, intercambios, correspondencia de Mário de Andrade con Borges, Oliverio Girondo y Brasil. Que el desarrollo muestre las coalescencias, que el problema de las vanguardias ya entre en un primer capítulo como el registro de las corrientes de vanguardia en torno de las metrópolis, que son fuentes alimentadoras de su proceso. El regionalismo también es un fenómeno rural identificado estéticamente a propósito de las metrópolis.

Pienso en los siguientes temas: las metrópolis, las casas editoras, la aparición de las primeras historias literarias, por ejemplo, en la década de los treinta está la de las casas editoriales. Es un inmenso proceso de producción editorial. Fue la gran vía por la cual Brasil absorbió a América Española. Nuestros libros universitarios eran todos en español. Espasa-Calpe en Argentina, Austral, Fondo de Cultura Económica, Ercilla, Zig-Zag, Nascimento, Losada. En la perspectiva de las metrópolis este es un tema importante. Luego la aparición de las primeras historias literarias integradoras del continente, sin incluir a Brasil, salvo Pedro Henríquez Ureña. Pero es muy importante: Alberto Zum Felde en Uruguay, Luis Alberto Sánchez en Perú, Arturo Torres Rioseco. Después tendríamos las revistas. Yo reflexionaría mucho sobre los encuentros intelectuales para poder hacer el elemento contrastivo, que veo de dos tipos: por una parte se trata de los contactos personales —Mário de Andrade-Borges— por otra, se trata de los congresos, los coloquios, que para mí son importantes, son decisivos.

En estos hay un primer momento en que Europa o Estados Unidos son los mediadores, y un segundo momento reciente en que nosotros mismos somos los mediadores: comienza algo promovido por la propia América. Es el caso de Cuba, que ha tenido un papel decisivo. Pienso que se debe hacer un *relevamiento* de ese tipo también, del momento en que nosotros somos los mediadores para reemplazar la mediación de las metrópolis externas. Y finalmente los proyectos, como este nuestro. Por ejemplo los proyectos como *América Latina en su Literatura* (1972), *América Latina en su Arte* (1974) de la Unesco, que son proyectos integrativos muy

importantes. Precursora es la *Colección Tierra Firme* del Fondo de Cultura Económica (1946) y finalmente la Biblioteca Ayacucho (1976). Esto debería constituir no sé si capítulos, pero temas a considerar."

Una doble dualidad marca pues la perspectiva de nuestra óptica comparativa. Por una parte es un comparatismo que se propone observar los puntos de conjunción como de divergencia de las diferentes literaturas de América —América Latina y el Caribe— entre sí, la unidad en la diversidad de las manifestaciones literarias continentales. Por otra parte es un comparatismo que intenta apuntar las relaciones de las literaturas continentales en sus diferentes sistemas con las literaturas no continentales y en éstas con aquellas que han tenido mayor incidencia como son las literaturas de Europa Occidental. Se intenta ver allí, frente a los estímulos, las respuestas creativas que nuestras literaturas desarrollan, sus formas de apropiación de éstos. Esta metodología de tan vasto campo de acción asume a su vez una doble perspectiva. Por una parte la perspectiva histórica concreta de rastreo de los contactos que efectivamente se dieron. Por otra, también una perspectiva histórico-estructural que apunta a dar cuenta de las coincidencias como de las divergencias a partir de estímulos —polos de religación— o de condicionamientos similares.

La reflexión que anotamos en estas páginas es una reflexión en curso que surge de una discusión de conjunto en donde hemos entregado en lo posible la individualidad de las opiniones. En la construcción de un discurso conjunto no siempre ello es posible, tanto más cuando se trata de una discusión puntual sobre la elaboración de una periodización detallada. Esperamos y hacemos lo posible porque ella llegue a concretarse en una historia de la literatura de nuestro continente. Es un proyecto ambicioso y más duro aún de realizar en tiempos de crisis, en donde las facilidades de investigación no se orientan hacia el campo cultural. Nuestro esfuerzo es alentado sin embargo por el convencimiento de que el logro de un discurso coherente de aprehensión conceptual de nuestro imaginario social en la literatura es no sólo una manera de expresar al continente sino también una manera de ayudar a construirlo.

como de lengua portuguesa. Pero el Caribe tiene su unidad (plural) en sí mismo y en esa medida cabe también considerarlo adscrito como tal al desarrollo histórico de la cultura de América Latina. Y es importante en este sentido percibir en ambos los rasgos de un desarrollo que con diferentes actores ha pasado por las mismas etapas enfrentando los mismos colonizadores, reformulado en términos similares su proceso cultural. Percibir que ambos constituyen no modelos culturales anclados en el pasado, a pesar de su herencia, sino sociedades y culturas abiertas a construirse a sí mismas, a inventar su vida cotidianamente, y que así se va articulando el imaginario social que plasman sus literaturas. Porque éstas ponen en evidencia que ambas van mirando la historia de ayer como enfrentando la de mañana con una conciencia común de Mundo Nuevo.

Informe final

La Reunión de Expertos que tuvo lugar en la Universidad de Campinas entre el 3 y el 6 de octubre de 1983 ha revisado los problemas relativos a la periodización de la literatura latinoamericana, así como establecido los criterios y el diseño para una organización tentativa de la historia literaria continental.

A partir de las discusiones sobre las perspectivas y los criterios periodizadores de la historiografía continental se consideró que se trataría de orientar un desarrollo organizativo que permitiera evitar la adición, abandonando criterios reduccionistas para situarla como totalidad en el contexto de la literatura occidental y universal. Ella debe apuntar a mostrar, en la medida de lo posible, el funcionamiento de los sistemas literarios en el interior de una literatura que se constituye como tal; en esa medida su historia pone en evidencia el proceso de respuesta creativa que ella va desarrollando en las instancias de su afirmación. En este sentido se señalaron diversos problemas importantes de considerar al llevar adelante la elaboración de la historia.

Ambito metodológico

En primer lugar, la discusión puso en evidencia la existencia de un proceso literario, cuyos sistemas —culto, popular, indígena e intermedio— poseen una discursividad de ritmos temporales diferenciados. En este sentido la definición periodológica del sistema culto es la que muestra mayor relación con el desarrollo de las literaturas europeas; los otros en cambio evidencian respecto de aquél una temporalidad de ritmo lento.

El problema de la organización temporal tiene además otra dimensión: la existencia de fenómenos que, exhibiendo una notable persistencia temporal, impiden el encasillamiento en períodos cerrados. Es el caso del Barroco por ejemplo.

Por otra parte se consideró que existen momentos privilegiados en el desarrollo literario en donde los procesos observan un aglutinamiento

en torno a centros de irradiación cultural cuyo estudio da cuenta del movimiento de distintas líneas de fuerza, coexistencia de sistemas, formas de relación, etc. y es expresión de todo un momento literario, cultural y social. Es el caso, por ejemplo, de ciudades como São Paulo en la Semana de Arte Moderno, Buenos Aires, etc., cuya observación podría recoger el movimiento de los cenáculos creativos, las distintas líneas de fuerza, el funcionamiento de todo el sistema. La observación de las revoluciones como unidades aglutinantes tendría un sentido similar.

Se consideró asimismo la existencia de tópicos relevantes, zonas privilegiadas en donde el desarrollo literario adquiere una mayor concentración: por ejemplo el caso de la novela de la Revolución Mexicana, la literatura regional en el Brasil, etc.

En este sentido, y como un modo de aproximación a la complejidad del movimiento histórico-literario se recomendó:

Por una parte, utilizar para la elaboración de la historia, un criterio no de exhaustividad, en el sentido de no intentar integrar en ella la totalidad de los fenómenos, sino las tendencias evolutivas básicas que confieren a un proceso su definición como tal. El criterio selectivo sin embargo no significa la exclusión de los fenómenos, sino su jerarquización.

Por otra, desarrollar la realización de la historia con un doble criterio organizativo: el de un patrón de desarrollo cronológico imprescindible a todo estudio histórico y al mismo tiempo una aproximación que dé cuenta de la complejidad interna de una tendencia evolutiva básica, del funcionamiento de un momento privilegiado de la historia literaria a través de algunas ciudades, o de la descripción de una corriente literaria, como el Barroco, por ejemplo, que escapan a delimitaciones periodológicas estrictas.

Esta aproximación implicó algunos supuestos respecto de la noción de periodización.

Por una parte se apuntó al concepto de periodo en términos del espesor de diferentes sistemas literarios en funcionamiento y en direcciones paralelas, articuladas o contradictorias. En este sentido el espesor se diseña en la coexistencia de secuencias literarias que se superponen, que dialogan, y que lejos de entregar una dimensión homofónica al desarrollo histórico, le otorgan la complejidad de la polifonía. Este desarrollo complejo, por otra parte observa un doble movimiento que la periodización debe recuperar y que es la modulación simultánea de continuidad y ruptura, en ondas sucesivas, que diferenciándose entre sí, corresponden a un mismo proceso. Es el caso, por ejemplo, de la recuperación que habría que hacer del periodo colonial, que ha sido persistentemente visto como una fase negativa en relación a la Independencia y es necesario revisar como un proceso formativo, como un aprendizaje en el momento de constitución de una literatura.

Los periodos así concebidos construirían los momentos de un proceso de constitución de nuestras literaturas: momento de Formación, de Emancipación y de Independencia, de producción de un discurso que puede asentarse, además de otras tradiciones, en su propio legado cul-

tural, en un imaginario común que va generando las condiciones siempre renovadas de su reproducción.

Estos periodos o fases de un proceso literario en construcción formarían "la historia del flujo y reflujo de aspiraciones y teorías en busca de nuestra expresión", los momentos de un continuum a través del cual se configura la literatura del continente como desarrollo de una totalidad. Este desarrollo es por eso al mismo tiempo la respuesta creativa de la literatura en las instancias de su afirmación.

En relación con la instancia comparatista se señaló que la opción de presentar una historia comparativa se puede dar en esta etapa del desarrollo de la disciplina en el continente, y de acuerdo con la perspectiva de otros volúmenes del Programa general de la Historia Comparada de las Literaturas de Lenguas Europeas, en términos del paralelismo de las proposiciones. América Hispana y Brasil, fundamentalmente y luego el Caribe latino y no latino. La síntesis comparativa en este caso la desarrolla más bien el lector y no necesariamente el investigador. En este sentido habría que señalar que si bien han existido pocos contactos históricos entre los países de América Latina ha habido lo que se podría llamar "polos de religación", ciudades que han funcionado por momentos como aglutinantes intelectuales, privilegiando los procesos de relación entre ellos. Habría que observar polos de religación externos e internos. Entre los primeros es indudable el papel desempeñado en el momento de la vanguardia por París, por ejemplo, o el caso de Nueva York o Londres. En el ámbito interno habría que considerar exilios y viajes, que han impulsado las relaciones, así como el papel desempeñado por La Habana a partir de 1960, por Buenos Aires o México.

En relación con la perspectiva comparatista se hicieron observaciones también respecto de las formas de apropiación cultural que hace el continente de otras literaturas. Se apuntó que la literatura latinoamericana posee simultáneamente elementos dominantes y elementos recesivos. La peculiaridad del desarrollo histórico-cultural ha hecho surgir en nuestros países la obsesión de la autenticidad y de la llamada "búsqueda de identidad nacional". Al mismo tiempo se observa marcadamente la consideración de superioridad de las literaturas europeas, tenidas como universales. La europeización significa entonces de una manera más drástica un aplastamiento cultural. La cultura dominante se impone de forma violenta, descartando lo autóctono como "diabólico" y haciendo funcionar un concepto restringido de literatura, que correspondería sólo a la de esta cultura dominante. Esto significa la pérdida o el soslayamiento de importantes materiales.

En relación a estas formas de apropiación cultural, se señaló el carácter deformador de este mecanismo que desarrollan nuestras literaturas, que es al mismo tiempo conformador de un discurso específico.

En torno a la organización de la metodología comparativa se pensó en la posibilidad de concebir capítulos a partir de paralelismos — como en el caso de la literatura de cordel en Brasil, el corrido de México y los decimistas cubanos — que exhiban la confluencia de formas y modalida-

des, aunque no haya existido necesariamente una relación entre ellas. En este sentido y en general el comparatismo como aproximación fue observado en una doble dimensión: histórica y estructural.

Sobre la consideración de las literaturas indígenas

En lo relativo a las literaturas indígenas se consideró que no debían ser tratadas como "antecedentes", y por tanto no necesariamente como primer capítulo, sino más bien, y sin perjuicio de la inclusión de códices y otros elementos relativos a las culturas indígenas vistas como sistema autosuficiente, como un hecho literario observado en la dinámica de su apropiación por parte del ámbito cultural occidental. De acuerdo con esto se propuso integrar a cada volumen una sección relativa a esta apropiación de acuerdo con los siguientes momentos diferenciales:

1. Literaturas anteriores a la conquista.
2. Reconstrucción de ellas.
3. Revitalización de ellas a través de su inserción en una nueva textualidad.

Estrategias de realización

En relación con la elaboración del trabajo concreto, la reunión consideró que deberían elaborarse grandes trabajos introductorios de cada ciclo o problema que den cuenta de la organización de los diferentes discursos, que ubiquen las manifestaciones del momento, que pongan en evidencia el funcionamiento global del área de estudio, anotando las líneas evolutivas básicas, que constituirían objeto de trabajos individualizados o subcapítulos.

En cuanto a la nomenclatura a utilizar, se consideró necesario aceptar las denominaciones establecidas, y se señaló que lo importante es situarlas dentro de marcos que permitan explicar su significación.

Se formó finalmente una comisión para el detalle de la organización de los volúmenes, constituida por Antonio Cándido, Angel Rama y coordinada por Ana Pizarro.

Participantes

Antonio Cándido (1918). Historiador y crítico de la literatura brasileña, cuya obra constituye uno de los pilares de la crítica socio-histórica en América Latina. Desarrolló su labor docente sobre todo en la Universidad de San Pablo. Es autor de: *Introdução ao método crítico de Silvio Romero*, San Pablo, Revista dos Tribunais, 1945; *Brigada ligeira*, San Pablo, Martins, 1945; *Fição e confissão*, Rio de Janeiro, José Olympio, 1956; *Formação da literatura brasileira*, San Pablo, Martins, 1959, 2 vols.; *O observador literário*, San Pablo, Comissão Estadual de Literatura, 1959; *Tese e anttese*, San Pablo, Companhia Editora Nacional, 1964; *Os parceiros do Rio Bonito*, Rio de Janeiro, José Olympio, 1964; *Literatura e sociedade*, San Pablo, Companhia Editora Nacional, 1965; *Introducción a la literatura del Brasil*, Caracas, Monte Avila, 1968.

Rafael Gutiérrez Girardot. Crítico colombiano, afincado en Alemania Federal desde 1953, donde se ha desempeñado como profesor en diversas universidades. Actualmente es profesor en Bonn. Ha publicado: *La imagen de América en Alfonso Reyes*, Madrid, Insula, 1956; *Jorge Luis Borges*, Madrid, Insula, 1959; *Nietzsche y la filología clásica*, 1966; *En torno a la literatura alemana contemporánea*, 1959; *Poesía y prosa en Antonio Machado*, 1969; *El fin de la filosofía y otros ensayos*, 1967; *Hora de estudio*, 1976; *Modernismo*, Barcelona, Montesinos, 1983.

Jacques Leenhardt. Investigador francés, autor de numerosos trabajos sobre literatura, arte y estética en la perspectiva de una sociología de la creación. En la actualidad es director del Groupe de Sociologie de la Littérature de l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales de Paris. Publicó *Lectura política de la novela*, México, Siglo XXI, 1975; *Lire la lecture*, Paris, 1982.

José Luis Martínez (1918). Este importante historiador y crítico mexicano, que se ha desempeñado como profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México y como director de la editorial Fondo de Cultura Económica, ha editado, entre otras, las siguientes obras: *La literatura mexicana. Siglo XX. Primera parte*, México, Antigua Librería